

Ricardo Vicente López

La democracia

Y

sus problemas

*Apuntes para pensar un tema central
para la construcción de
un mundo más humano y equitativo*

Cuadernos de reflexión:

Los impedimentos de la democracia

Palabras iniciales

En este cuaderno presento una serie de notas escritas a lo largo de un tiempo prolongado, no demasiado pero suficiente, como para que se entremezclen pensamientos correspondientes a momentos muy diferentes de estos últimos años de la historia de nuestra comunidad política. Aparecen en ellas referencias a tiempos específicos mechados con referencias teóricas (pero no mucho) siempre enmarcadas en un lenguaje periodístico. Cuando utilizo esta palabra, y esto ya lo he dicho en otras oportunidades, rescato de ella lo mejor de una profesión que se fue lentamente, pero sistemáticamente, hundiendo en las prácticas que fue imponiendo la mercantilización de la información, en manos de empresas concentradas. Sobre este tema no me voy a extender, pero remito a un trabajo publicado en esta misma página www.ricardovicentelopez.com.ar que lleva como título *Sociedad política y medios I y II*. Entonces denomino *lenguaje periodístico* a un estilo de escritura que se aleja de los tecnicismos del lenguaje científico o académico, pero que intenta mantener la seriedad y profundidad de los temas tratados, por el respeto al lector, con la mayor sencillez expresiva.

Se puede decir que es un lenguaje que respeta el estilo pedagógico, dado que el periodismo comenzó siendo un instrumento de educación de un público amplio, al que se le puede exigir una formación especializada, puesto que no se puede ser especialista en todos los temas (como muestran esos comunicadores *tan inteligentes* que pueden opinar sobre todo). Pero hay una función que el periodismo actual ha abandonado por diversas causas (una muy mala formación intelectual de los hombres y mujeres de los medios, salvo excepciones) entre las cuales se puede ver el desprecio por la inteligencia del público acompañado por una planificada estupidez masiva. Otra, por el carácter de entretenimiento que fue adquiriendo paralelamente a una tendencia hacia el tilinguerismo, que cultiva especialmente la televisión, aunque no sea la única. Estas actitudes ante la selección de la información llevan a colocar en primer plano lo que es espectacular (palabra archiutilizada hoy) que equivale a decir lo que brinda espectáculo, y esto no es inocente.

El tema que ha sido tratado en esta serie de notas pretende aproximarnos al problema de la democracia en un mundo globalizado, con todo lo que ello implica. Si la intención es incorporar al análisis de esta temática a una mayor cantidad de lectores, puesto que ello exige la democracia (por su significado etimológico demos=pueblo; cracia=gobierno) ello exige llevar el debate a todos los rincones de la comunidad política y comunicarnos con un lenguaje que incluya la mayor cantidad de gente posible. Tema que yo considero fundamental y que debe ser pensado y repensado, para lo cual es imprescindible apartarlo de la maraña ideológica con la que hoy es recubierto, la cantidad de supuestos no explicitados que enturbian una comprensión necesaria, el grado de convergencia con otras problemáticas (el tratamiento de los especialistas lo aíslan de otros temas correlacionados). Tampoco debe dejarse de lado la pretensión de mostrar como democracia lo que no es más que un modelo que adoptaron los países centrales y no un modo único de implementarlo. Sobre todo, en estas últimas décadas en las que el imperio del norte ha monopolizado el concepto y lo ha manipulado para los fines de dominación que ellos se proponen.

Por todo ello, este cuaderno debe ser tomado como una introducción al tema, como una primera aproximación al tratamiento de un problema que, en la medida en que no se avance sobre él todo intento de pensar una sociedad mejor corre el riesgo de caer en el escepticismo.

Parte I: el problema de la política

El pensamiento sobre lo político

Cuando termina la tormenta los pájaros vuelven a volar, un olor a tierra húmeda impregna el aire y, a veces, un frescor alivia las tensiones que toda tormenta genera. Se podría decir que la calma que le sigue se hace propicia para la reflexión. Estuvimos soportando un tiempo de números, de índices, de estadísticas, que parecieron nublar la posibilidad de pensar la política. Sin embargo, ésta se coló por las grietas que aparecían entre el farrago de tanta información-basura. El tema para pensar debería ser ahora la relación entre dos tipos de pensamiento, que han competido entre sí en estos dos últimos siglos, en lo relativo a la cuestión de caminar hacia una comunidad más integradora y respetuosa de la dignidad de todos. Podríamos definirlos como el pensamiento económico y el pensamiento político. Esto nos obliga a volvernos hacia el origen de estos términos para comprender su significado más profundo y las modificaciones que estos han tenido a lo largo de la historia.

Y esto se torna importante por el predominio abrumador en las últimas dos décadas del pensamiento económico y el desprestigio en que ha caído la política. Trasladémonos a la antigua Grecia de Aristóteles. En un conjunto de escritos que nos legó, cuya recopilación la hemos conocido como un libro, *La política*, aparece acuñado este concepto para colocar bajo su paraguas toda la actividad, y la reflexión sobre ella, que tiene como objetivo fundamental la vida de la comunidad (polis). El tipo de pensamiento que debe ocuparse de esa forma de la actividad humana es la política. La política es, entonces, la ciencia de la comunidad, de la cual se desprenderá un arte que se dedicará a la conducción de la vida de la comunidad. Aquí aparece una distinción que debemos retener: la política como ciencia que investiga y estudia el comportamiento colectivo de los hombres, y la política como arte que parte de las conclusiones de la ciencia para la aplicación de ese saber a la conducción de los destinos de la comunidad. Hoy decimos *política* para referirnos a esta segunda acepción y *ciencia política* para la primera.

Pero nos encontramos con que rara vez los políticos son personas formadas en la ciencia política, los que así se forman se dedican al análisis de la política pero no a la conducción de la cosa pública. Cuando nos encontramos con esas personas que reúnen ambas cualidades estamos ante los grandes de la historia. Nosotros los hemos tenido. Lo habitual es que la “formación” para acceder a los cargos públicos, si se la tiene, se obtenga en el comité partidario o entre los “amigos” de algún dirigente.

Aristóteles no exigía que el político fuera un científico, pero esperaba que se sometiera al conocimiento de las reglas de esa práctica y que observara una conducta que lo hiciera digno de esa función. Ser ciudadano de en la polis imponía un compromiso con su comunidad, lo cual lo obligaba a prestar un servicio a ella: legislar para el bien común. Uno puede preguntarse ¿eran tan virtuosos aquellos griegos, a diferencia de los hombres actuales? Por supuesto que no, pero incidía fuertemente en ellos una cultura que valoraba ciertas conductas cuya violación era muy mal vista por la comunidad. Equivale a decir, la ética ciudadana se hacía sentir en la educación, por lo que era esperable para el conjunto de sus miembros que cada quien se comportara como estaba estipulado. Aclaración hecha que sólo unos pocos accedían al grado de ciudadano.

De lo que podemos concluir, respecto a lo político, que si bien el pensamiento científico quedaba en manos de aquellos estudiosos que dedicaban gran parte de su vida a esa actividad, los filósofos, la relación entre los resultados de ese pensamiento y las acciones de los ciudadanos no estaba muy lejos. La política debía tener como objetivo supremo el bien de la comunidad. Esto no debe entenderse como una situación

paradisiaca en la que no existieran conflictos y hasta injusticias, como lo muestra la condena a Sócrates. Sólo nos sirve para pensar la función de la política en el origen y ver su desarrollo en el tiempo. También para intentar una recuperación y reconstrucción del concepto y de la actividad para la formación de aquellos hombres y mujeres con vocación por el servicio a la comunidad.

Las derechas y las izquierdas

Es necesario detenernos a pensar el contenido de las palabras que utilizamos en nuestra habla cotidiana. Prestando una atención especial en las que hacen referencia al quehacer político. Las palabras en las que me voy a detener en esta nota son dos: derecha e izquierda. Debemos señalar que la palabra derecha, en su uso cotidiano, está asociada a lo correcto, a lo bien recibido, con lo que se debe acordar. De allí la expresión “hay que darle la derecha” queriendo significar que se le otorga razón o veracidad a lo afirmado; o “hay que andar por la derecha” lo que indica estar en lo correcto o por el buen camino. Por el contrario, la palabra izquierda parece referirse a lo opuesto. Alguien que no se comporta como es esperable “ha tomado por la izquierda”; el que compra ilegalmente lo hace “por izquierda”, o el que “trucha” una firma se dice que “firmó con la izquierda”, entonces queda asociada a lo falso, a lo malo, a lo despreciable. Si recordamos el idioma del Dante aparece la palabra siniestra, de la que deriva lo siniestro y estamos ya en lo repudiable e inaceptable.

Por lo que vemos cada una de estas palabras contienen valores opuestos que definen lo que está bien o lo que está mal. Podríamos decir que se reservan para sí un valor moral sobre el bien y el mal. Se podría conjeturar que, si la mayoría de los humanos tienden a utilizar su mano derecha como la más hábil la izquierda sería menos hábil, es decir menos útil, lo que equivaldría a decir que quien no usa la derecha algo tiene que no anda bien. Dicho esto con todo respeto por los zurdos (y me refiero a los que utilizan la mano o el pie izquierdo, no a los otros). Aunque, pensándolo un poco, se ha hecho famoso y muy respetable en fútbol el puesto de “el diez” que está colocado a la izquierda del ataque y por lo tanto debe ser ocupado por un zurdo. Y me viene a la memoria que Vilas era zurdo, que el pibe Messi también lo es, etc. Bueno serán excepciones que no atentan contra la sabiduría de la norma. Pero en el box (¡o casualidad!) los zurdos son los más peligrosos porque alteran la técnica de la defensa al pararse al revés de lo que “corresponde”. ¿Será de allí que viene el cuidado que hay que tener con los que cultivan la izquierda? Ya me desvié de lo que quería tratar.

El tema es la política. Hablar en política de las derechas y las izquierdas es una herencia de la Convención de la Asamblea francesa en la que ubicando a la presidencia en el centro del salón se sentaron a cada lado de ella unos y otros. Dándose la particularidad de que los “revoltosos” estaban a la izquierda y la “gente razonable” estaba a la derecha. Precisamente éstos eran los que se oponían a seguir cambiando el mundo porque lo fundamental ya se había logrado. La burguesía había desalojado del poder a la monarquía que era lo que se había propuesto. Lo demás no era necesario: los derechos de la “gente de bien” ya se habían conseguido, pero la “chusma” pretendía más. Es decir, parece la misma historia de siempre.

Creo que, ahora que hemos podido desentrañar el más oculto misterio de porque unos son buenos y los otros son malos, es mucho más fácil entender la política en este mundo. Todo lo que está a la izquierda debe ser rechazado, salvo los que están en el centro-izquierda (debiéndose descifrar cuánto de centro y cuánto de izquierda tienen). Está también el centro-derecha (acá me parece más fácil saberlo, porque siendo la derecha lo correcto en todo caso sería lo casi correcto, que no está mal). Nos queda la derecha que no

parece presentar problema alguno para definirla: debe ser mala porque nadie se reconoce de derecha. Por último, el centro que me cuesta pensarlo porque el centro debe ser el punto medio, ese medio se debería definir por la posición de los extremos, pero estos no existen. Aristóteles definía el medio como el ideal, claro que él no tuvo que pensar la política como nosotros, le tocó un momento más sencillo. Antes los esclavos eran esclavos y se terminó. Hoy todos creen que tienen derechos y es esto lo que complica las definiciones.

Si ser de izquierda se caracteriza por las demandas vociferadas y ser de derecha por el discurso razonable, se podría resolver sin muchas dificultades el tema: con hablar bajo y pausado se adquiriría el derecho a la verdad. Sin embargo, parece que esto no alcanza para remediar la situación. Si tuviéramos una derecha vociferante, como había en otros tiempos, resolveríamos el asunto despreciando los extremos. Esto nos dejaría un espectro menos amplio que iría desde el centro-izquierda al centro-derecha, con lo cual los matices nos obligarían a hacer un análisis mucho más fino de las diferencias entre unos y otros. Puesto que de no hacerlo nos parecería que todos son lo mismo y dicen cosas semejantes. Sin embargo, ¿no es esto lo que está pasando?

Creo estar arribando a un pensamiento más sereno. Si la dificultad del análisis radica en lo fino de los matices el problema no radica en los políticos sino en un público que no es capaz de percibirlos con nitidez. Pero como es muy difícil asumir la culpa lo más sencillo es acusar a los otros y quedarnos en paz. No son los políticos los que no presentan un discurso comprensible y coherente, es *la gente que no está en condiciones* de entender lo que los políticos exponen. Por ello he oído a muchos políticos quejarse de la ignorancia de la gente cuando dice que él sabe que es lo mejor para la sociedad y ésta no lo acompaña en sus propuestas. Cuando tengamos un *público preparado*, con el nivel suficiente para *comprender a nuestros políticos* podrán resolvernos los problemas. Entonces, quedará mucho más claro porque cambian de opinión según el informe meteorológico, es una *adecuación teórica a la realidad*. Mientras tanto no nos quejemos, la culpa es nuestra.

Democracia y compromiso

Un sacerdote español, reflexionando sobre la participación de los cristianos en la política, se decía, con cierta ironía, que recibe las consultas más absurdas respecto de si ciertas conductas son pecaminosas, muchas de ellas realmente muy gratificantes. Y, a continuación agregaba: «Pero lo que nadie me ha preguntado jamás es si se comete o no se comete pecado cuando uno se abstiene de votar en unas elecciones. Por lo visto, a los cristianos se nos enseña una moral en la que entra todo, menos la política». Me pareció una aguda cuestión que apunta a un tema acuciante hoy. La participación en la política, que no debe ser confundida con ser parte de un partido político, aunque esto no significa ningún menosprecio por esa decisión, por el contrario. Dado que en estos tiempos se ha convertido en un tema repetido el hablar mal de los políticos, de sus corrupciones, sus inmoralidades, etc. Decimos que las cosas van mal porque los políticos son unos ineptos o unos sinvergüenzas. Y nos quedamos muy tranquilos, esperando que por generación espontánea aparezcan otros mejores. Pero no tomamos nota de una consecuencia tremenda: que muchas cosas siguen mal y algunas muy mal, y que los pronósticos podrían no ser alentadores, de seguir siendo sólo un espectador.

Pero, lo sorprendente es que nuestra conciencia se queda tranquila porque estamos convencidos de que todo depende de los que gobiernan. Cuando debíamos saber que, en realidad, todos somos responsables

de lo que pasa. Y somos responsables ante todo por lo que hacemos, pero también por nuestra pasividad. Detengámonos en este aspecto del tema. Hay personas que dicen, con tono moral, poniendo énfasis: "yo no me meto en política", subrayando el mérito de no hacerlo, como si dijera yo no soy un delincuente. El que dice eso, en realidad, está lejos de advertir que en política nos metemos todos y estamos metidos todos, por más que estemos lejos de comprender que eso sea así. Hacemos gala de un falso apoliticismo que, no debe escapársenos, es nada más que un modo del desentendimiento de los problemas sociales, bajo pretexto de no ser parte de la corrupción política. José María Castillo afirmaba hace muchos años, desde una España muy buena para algunos y que empeora para otros:

Lo que pasa es que, normalmente, el que dice que no se mete en política, es una persona a la que le va bien con la política que hacen los que mandan, sean funcionarios o poderes internacionales. O sea, es un individuo que está de acuerdo con el gobierno de turno. Y, por tanto, no se preocupa para que las cosas mejoren, cambien o se hagan de otra manera. Por otra parte, el que asegura que es apolítico, lo que realmente dice es que está de parte del status quo, por más que, cuando habla con los amigos, critique a los gobernantes. No nos engañemos. Es verdad que, cuando el sistema político es una dictadura, las posibilidades de participación se reducen a la protesta o a actuar en la clandestinidad, cosas que entrañan riesgos evidentes y que suponen vencer el miedo por encima de lo que suele dar de sí la condición humana. Pero es evidente que, en un sistema democrático, al menos cuando llega el día de las elecciones, es una responsabilidad muy seria la que pesa sobre la conciencia de cada ciudadano. Sobre todo, si tenemos en cuenta que hay demasiadas cosas que pueden ir mejor y tienen que ser mejor gestionadas por el que salga elegido en las urnas.

Es muy duro Castillo con sus juicios, pero no le falta verdad. Cuando se habla de responsabilidad no significa sólo la participación el día de las elecciones, aunque esto no deja de ser importante, pero los problemas de la gente que lo pasa mal, por causa de un mal gobierno o un gobierno deficiente, o por los impedimentos que se le interponen, no se arreglan sólo con ir a votar. Los resultados de las elecciones han hecho mover el termómetro social y político para un lado u otro, pero hay siempre una franja de la sociedad a la que por lo general le va muy bien, pero hay también otra a la que le va muy mal.

Democracia y escepticismo

En una democracia madura, lo que interesa, sobre todo, es saber "a quién" se vota y "por qué" se lo vota. Lo que supone, entre otras cosas, enterarse antes debidamente del programa que presenta cada candidato y de exigir, después de votado, que cumpla con sus promesas. Fundamentalmente, más allá de simples ideologías, tener claro qué intereses representa. No caer en la actitud facilista de decir que "son todos iguales", que "era previsible que no iba a cumplir con lo prometido". Y, haciendo ostentación de un escepticismo muy a la moda, seguir hablando mal de los políticos y que de ellos no se puede esperar nada. Y, entonces, ¿de quién hay que esperar?, mientras los que están mal lo siguen estando y pueden ir peor.

Es evidente que a todos nos interesa que la economía vaya bien, y no nos quedamos atrás cuando hay que opinar sobre ella. La última década nos convirtió a muchos de la clase media en expertos en economía. Escuchamos con atención a políticos, a comunicadores, a opinólogos sobre esos temas, pero nada de ello nos moviliza con la necesaria indignación como para no permitir que vuelva a suceder lo que sucedió. Que no se dispare el dólar, que no suban las tasas de interés, que no vaya a subir el riesgo país, nos tuvo preocupados a muchos, pero muy pocos manifestaron públicamente sus opiniones. Pasado ese tiempo esos

temas van desapareciendo de nuestras charlas. Nos hemos convertido en opinadores de sobremesa. Pero no va más allá de eso. Es que tenemos el convencimiento de que se puede opinar porque somos libres, aunque el opinar no conlleve ninguna exigencia de enterarse, de estudiar, de pensar, de buscar un fundamento a nuestras opiniones. Sin embargo, depositamos en otros el arreglar las cosas que criticamos. Y, lo que escapa a la conciencia colectiva, es que gran parte de la agenda de nuestras preocupaciones se confecciona en las redacciones de los medios. Si desde allí se nos indica qué está mal también se nos dice quienes no lo han solucionado. Todo lo cual nos da mayores motivos para nuestras críticas y quejas.

No está mal criticar y quejarse, pero es necesario pasar a una actitud más positiva. Para ello, los que tenemos tiempo y posibilidades de leer y pensar tenemos una mayor responsabilidad. Sin embargo ésta no aparece. Los temas de la política, de la economía, los pensamos desde la información de la radio y la televisión. Pero, si algún especialista, que no sea alguien famoso por su actuación mediática, ofrece una charla y debate sobre esos temas la participación del "supuesto ciudadano crítico" es escasa. Ha aparecido una actitud que sostiene que ya está harto de oír siempre lo mismo y que, por ello, no se participa. Y ¿entonces qué? Nuestra inactividad es el cómplice más cercano al "status quo", pero ello no nos quita el derecho a la crítica desde el living de casa o en la mesa del bar.

Es evidente que ha cundido un profundo escepticismo sobre las posibilidades de la democracia. Hemos creído que con la democracia se comía, se educaba, se curaba, etc. Hemos creído después que lo que hacía falta era "un salarizado" y una "revolución productiva", para pasar a creer en la apertura de los mercados y nuestro "ingreso al primer mundo". También creímos que los "éticos" lo resolverían todo. Nada de ello ocurrió. Así terminamos mucho peor que cuando estábamos mal, por ello hacemos gala de nuestro escepticismo como una condecoración bien ganada. La clase media posa con su descreimiento como con una conquista de su sabiduría. Dice, con aire de sabionda: "a mí nadie me engaña más". Y se sienta a mirar el paisaje político con aires de saber lo que va a pasar. Y se demuestra tener razón desde la impassividad crítica, pasa lo que puede pasar, con lo que se profundiza su aire de docta. Lo que es incapaz de comprender es que *lo que pasa* se debe a la falta de compromiso en cambiar las cosas que están mal, atendiendo sobre todo a los más necesitados.

Democracia y construcción social

No hace tanto se gritó desafortadamente por las calles: "¡Qué se vayan todos!", poco tiempo después se volvió a votar a muchos de ellos con aire de resignación. Pareciera que cierta gente necesita *que estén los malos* para poder tener razón y seguir sentada en su sitial de *conocedora* de la política. Estuvimos a pocos puntos, en las elecciones anteriores, de repetir la historia con de uno de los culpables del desastre social, y estuvo muy cerca en votos otro de los que repetían, aunque con mayor academicidad, el mismo repertorio de recetas. ¿Es que no somos capaces de aprender? Cuando en el mundo ha quedado claro que el neoliberalismo es el causante de los males que dice querer solucionar, los predicadores de ese evangelio siguen teniendo prensa y siguen teniendo auditorios dispuestos a escuchar. Ahora, que una parte de todo aquello quedó atrás, cuando gran parte de los escépticos se ven beneficiados por la nueva situación, cuando el consumo ostentoso de esos que gritan por qué quieren ganar más llena el aire con sus reclamos, se acentúan las críticas olvidando de dónde venimos y de cómo estaban mucho de ellos.

Pensemos en esta afirmación: «la democracia, tal cual la hemos conocido hasta aquí hoy es parte tanto de nuestro problema pero es, al mismo tiempo, nuestra solución». Pareciera, a primera vista otra

contradicción más, un juego de palabras. Pero es necesario meternos en este problema para acercar alguna luz que nos ayude a avanzar. Sobre todo que nos saque del escepticismo en el que estamos sumergidos. El primer problema radica en la aceptación generalizada, por la opinión pública, pero que reconoce a muchísimos especialistas de las ciencias políticas como sus predicadores, que la democracia que se ha practicado en este poco más de un siglo, es la democracia sin más. Con lo cual nos colocamos en un callejón sin salida. Escuchemos la opinión de un economista liberal del Instituto Tecnológico de Massachussets, el doctor Lester Thurow:

La democracia y el capitalismo tienen muy diferentes puntos de vista acerca de la distribución adecuada del poder. La primera aboga por una distribución absolutamente igual del poder político, "un hombre un voto", mientras el capitalismo sostiene que es el derecho de los económicamente competentes expulsar a los incompetentes del ámbito comercial y dejarlos librados a la extinción económica. La eficiencia capitalista consiste en la "supervivencia del más apto" y las desigualdades en el poder adquisitivo. A medida que la brecha entre la clase superior e inferior se ensanche y la clase media se reduzca, los gobiernos democráticos van a tener problemas serios para manejarse con la desigual estructura económica... La democracia, en cuanto al voto universal, es un sistema muy reciente y todavía no ha demostrado ser la forma política "más apta" disponible. Es decir, una sociedad que en teoría, está basada en la democracia y en la economía de mercado pero donde, en realidad, sucede que la democracia es derribada, destruida por la economía de mercado.

Quien habla, para que no queden dudas, es un defensor del capitalismo que advierte que hay cosas que andan muy mal. Entonces, la democracia que conocimos jaqueada por el sistema de mercado no funciona como democracia, por lo que se podría decir que todavía no hemos conocido una verdadera democracia. El simulacro formal que hemos conocido ocultó su impostura, se disfrazó de una igualdad para todos que quedaba negaba en los hechos al someterse a la impiedad del mercado. La democracia, que ha sido hasta ahora nuestro problema, es esta apariencia de democracia que practicó un sistema social autoritario y excluyente, culpable de la fabricación de desigualdades. Si esto no era una democracia de verdad debe haber otra democracia que lo sea auténticamente. Aquí aparece la necesaria intervención de un Estado que se ocupe de la distribución de las riquezas, poniéndole límites al mercado y atendiendo a los indefensos. Acerca de esa democracia es necesario que nos detengamos a reflexionar con mucha profundidad, porque allí se perfila el horizonte de un mundo mejor. Sobre todo hoy que se alzan voces iracundas en nombre de la democracia.

El ciudadano pasivo

Las quejas respecto del estado actual de cosas no llevan aparejado un compromiso para cambiar el mundo. Es evidente que falta la voluntad colectiva para realizarlo y la comodidad sectorial de una parte de la sociedad que se ve cómoda en ella pese a sus quejas, o hacen de sus quejas una bandera contra los cambios posibles. Creo necesario pensar en las circunstancias que condicionan esa voluntad. Veamos, entonces, algunos aspectos que son necesarios considerar para abrir caminos.

El desentendimiento que ha experimentado el ciudadano de "a pie" respecto de sus responsabilidades políticas, aunque algo esté cambiando, encuentra algunas razones en la "profesionalización" del político, que ha convertido esa tarea en "cosa de especialistas". Por tal razón, me parece, han desaparecido o poco menos los debates políticos en los diálogos entre los ciudadanos. Se agrega a ello el peso exorbitante que la economía ha ganado en el tratamiento de los temas públicos, al punto de que parecieran ser decisiones

exclusivas de ese ámbito del pensar y del hacer. Este sometimiento encuentra culpas notorias entre los mismos actores políticos, dado que se han dejado subordinar al imperio de “los factores económicos”. Aquella acusación que los liberales decimonónicos le hacían al marxismo, de pensar sólo en términos “materiales”, deberíamos hacérsela hoy a los defensores del “mercado”, hoy redivivos.

Desde Aristóteles a Maquiavelo, y tal vez hasta el siglo XIX, la política fue el terreno en el que se dirimían las enfrentadas voluntades, la de los poderes que se proponían trazar un destino, abrir un futuro y definir la marcha de los asuntos del Estado. El avance del poder de las burguesías de los siglos XVII y XVIII fue otorgándole un tono diferente, cada vez más marcado, a la necesidad de introducir los intereses económicos en la fijación de las políticas de estado. Hasta que esas necesidades se impusieron imperialmente en el pensamiento desplazando a la política del centro de decisión. Todavía en el siglo XIX algunos liberales continuaban reclamando esa prioridad de la política.

El hombre del siglo XX asistió al desmadre de los intereses económicos y a su asalto al poder en el último cuarto de siglo, poder que se iba transnacionalizando a pasos agigantados. Todo este proceso tuvo como correlato la total desvinculación del ciudadano de las decisiones fundamentales de las comunidades políticas, sobre todo cuando sintió, descarnadamente, que esas decisiones se tomaban en algunas cúpulas de poder ahora desterritorializadas. El mundo del poder, económico y financiero, pertenecía a los “elegidos” del Dios Dinero. Los adeptos a esta religión se fueron convirtiendo en élites anónimas, seducidas por los paraísos ofrecidos por las técnicas publicitarias, sin percibir que “sólo unos pocos elegidos” accederían a ese cielo. Así, el ciudadano convertido en consumidor se fue alejando de la política, por ser un instrumento ineficaz, para rendir culto a las cotizaciones bursátiles, las variaciones cambiarias y las tasas de interés. Roma y Jerusalén fueron desplazadas por Wall Street. El triunfo, primero en el campo de batalla de los negocios, se coronó con el triunfo final en el campo de las conciencias.

¿Entonces...?

Hablaba, al comenzar, de “falta de voluntad colectiva”, es que está totalmente abotagada por la borrachera del dinero, del triunfo fácil, del éxito inmediato, de los caminos oblicuos. Sin comprender que «muchos son los llamados, pero pocos los elegidos». Debe aparecer, necesariamente, el tema de los valores. Debemos replantearnos como comunidad política qué queremos ser, ubicarlo luego en el contexto del mundo actual, no para renunciar a algunos de esos valores, sino para trazar los caminos y los tiempos de su realización. Esto presenta hoy una dificultad mayor que en otras épocas. Porque este tiempo de ahora parece tener muy corta duración: lo que no es posible ser conseguido ya, o dentro de unos minutos, se convierte en un “imposible” o en un “no deseable”. Se le ha otorgado estatus de “utopía irrealizable” a cualquier idea que requiera tiempo, esfuerzo y perseverancia para su realización. Porque ello impone la necesidad de la organización de las voluntades y el consenso en los por qué y para qué, los cuándo y los cómo. Pero hemos sido convencidos que los únicos caminos transitables son individuales. El individuo reemplazó a la persona, siendo ésta la sagrada conquista de la cultura occidental.

Entonces, no es extraño que nos pase lo que nos pasa, que nos encontremos en medio del fuego cruzado sintiendo no pertenecer a ningún bando. El no pertenecer es un signo de estos tiempos llamados de posmodernidad. El no creer es su correlato. El desentenderse es su consecuencia. Una comunidad al garete es sólo responsabilidad de sus miembros. En épocas de tormentas hay que elegir un piloto, que aunque pueda estar lejos de lo deseable, es preferible a no tener ninguno. Napoleón decía que “es preferible un mal general que dos buenos” porque se requiere en esas condiciones de excepción la capacidad de decidir, y es peor que no haya decisión alguna. Hoy somos espectadores en la puja de los intereses mezquinos por el

reparto de los bienes que deben ser compartidos. Mientras nos mantengamos en la platea otros decidirán el resultado parados en el escenario. Una larga historia avala lo dicho.

La democracia que supimos conseguir

La inteligencia y la viveza parecen ser las cualidades mejor distribuidas entre los humanos. Es muy difícil oír a alguien que diga de sí mismo “yo soy un tonto” o diga “yo no soy inteligente”. De lo cual se deduce fácilmente que todos estamos más o menos conformes con la cuota que nos ha tocado. Es cierto que algunas veces se escapa alguna queja como “me hubiera gustado tener la inteligencia de Fulano” o “hay algunos que son muchos más vivos que yo”. (...me quedé pensando que me cuesta ubicarme dentro de este abanico de tipos). Pero salvo las excepciones mencionadas, podemos acordar que parece haber sido una distribución bastante equitativa.

Pues bien, si de gente inteligente se trata es de democracia de lo que quería hablar. Y me siento motivado ante la lectura de los *inteligentes* resultados de las elecciones porteñas de 2007 y 2009. ¡Un verdadero triunfo de la democracia! Esto fue lo que oí en boca de más de uno. Por supuesto, todos los que fueron a votar son demócratas y votaron por demócratas... ¿todos? Sí todos. Es excepcionalísimo que alguien se manifieste como antidemocrático, por ello todos estamos por la democracia. Recuerdo que hace unos treinta años se tomó el poder para “restaurar la democracia”. De lo que deduzco que en la Argentina “todos somos demócratas convencidos”. Bien, pero ¿qué es la democracia? Aquí comienza el problema. Podemos hacer una investigación.

Los que están conformes con el estado actual porque les es muy confortable, podemos llamarlos los *mercaderes de la democracia*, no porque esté mal sino por una clasificación ideológica. Son los que están convencidos de que el mercado es el centro neurálgico de la vida social y que todo lo que vale la pena pasa por él. Equivale a decir, que “todo se compra y se vende”, y adhieren y repiten las amargas palabras del profeta de los cafetines “no hay ninguna verdad que se resista ante dos mangos moneda nacional. (Debemos acordar, por fidelidad al profeta, que no lo entendieron). Son los educados por el marketing, que sostienen que importa poco la verdad, lo importante es poder vender. Las ofertas políticas se parecen al Walt-Mart.

¡Cuidado!, no va a faltar aquel mal pensado que me diga por lo bajo “ya sé, estás pensando en Macri”. ¡No señor, Don Mauricio me merece el *mayor de los respetos*! Él no miente, si bien es cierto que vende lo hace con total honestidad. Dijo que se proponía “eliminar” a todos los cartoneros y así lo va hacer. Es amigos de los amigos y es muy sensible con los pobres, a tal punto que no se acerca a ellos porque no soporta el dolor ajeno. Tiene una estrecha amistad con el ex-ingeniero Blumberg y no lo oculta, hasta puede nombrarlo su Secretario de Seguridad. Fue, hasta hace poco amigo de Sosbich. (Nunca supe por qué se separaron, pero no es de extrañar en estas épocas de relaciones transitorias). Es un empresario exitoso, declaró, creo, 25 millones de dólares de patrimonio, (no sé si dijo cómo los consiguió). Propone barrer bien las calles y mejorar el transporte, le es fácil: levanta el teléfono y le dice a papá Macri que lo haga bien. ¿Quién mejor que un padre para ayudar a su hijo?

Por lo tanto, por fin un demócrata de verdad, dentro del estilo de un liberal-conservador, triunfa en Buenos Aires. Siempre y cuando no aparezca uno de esos advenedizos que le quiera escupir el asado “revolviendo su pasado”.

¿Cómo no se puede entender?

El resultado de las lecciones de Capital ha generado un notable desconcierto. Algunos se preguntan ¿qué pasó? Ya estamos en condiciones de pensar que es un triunfo de la democracia, hemos importado un tornado, se llama Mauricio (que también es Macri). Pasó como un vendaval por sobre los barrios porteños. Pero esto no debe sorprendernos. Si el ídolo mayor de Buenos Aires es Gardel, y Carlitos aplaudió el golpe de Urriburu, por lo que podemos atribuir el fenómeno al espíritu gardeliano. En 1955 las calles se poblaron de gente que festejaba la caída del “tirano”, por lo cual el segundo golpe militar gozó de la confianza de nuestras clases medias y altas. Después llegó ese gobierno a “paso de tortuga” y nuevamente se aplaudió a las fuerzas militares por sacarnos del “marasmo” de ese gobierno. Años después, con el aprendizaje de las bondades de los golpes militares, se volvió a respirar hondo porque venían los que iban a castigar a “los que algo habrán hecho”. Se habían producido golpes militares con la sola finalidad “de instaurar una democracia republicana”, aunque parezca un contrasentido político ¡así es! ¡No debe entenderse como una operación quirúrgica que trae mucho dolor para restablecer la salud? Pues bien, los militares han sido los *cirujanos políticos*.

Después de todo eso, llegó una propuesta de “centro-izquierda” que logró “salvarnos de un nuevo gobierno peronista”, pero a poco de andar cambió a su ministro de economía que proponía “la disparatada idea de investigar la deuda externa”. Como si dudar de “la autenticidad de las deudas” fuera una conducta aceptable para todo país que se precie de ser “respetable”. Los países que son “como se debe ser”, según dicen los mejores economistas “honran sus deudas”, no importa cómo se contrajeron. Y es lo que hicimos. Por ello tuvimos un Plan Primavera que nos permitió seguir siendo honorables. Como decía mi abuela “pobres pero honrados”, ¡qué antigüedad”!

Tanta honorabilidad nos depositó en el desorden provocado por los pobres que “no aceptaron ser honrados” y saquearon los supermercados. Esto nos hizo quedar muy mal ante la opinión de los mejores analistas internacionales. A partir de allí, por nuestra inconducta, recibimos la reprimenda del “riesgo país” que, como todos recordarán, debíamos oír cada mañana como ese número raro, difícil de comprender, subía y subía, como un termómetro sin límites para vergüenza de todos nosotros. Y nuestros mejores periodistas nos lo repetían para que aprendiéramos a portarnos bien. Entonces llegó la dupla de oro que “encarriló” el país en la década de los noventa: tuvimos el uno a uno, ingresamos al primer mundo, pudimos comprar barato lo importado, por ello aceptaron renegociar la deuda cuantas veces se lo pidiéramos.

Pudimos aprender que un país serio se hace a partir de la “libertad de mercado”, abriendo las puertas a las inversiones extranjeras, dejando entrar los contenedores con maravillas del sudeste asiático. Comprábamos y vendíamos en dólares, como allá en el norte, hablábamos de todo en dólares. Bueno, después llegó la catástrofe. Pero esto fue culpa de algunos *desmanejos*, de *ineficiencias*, de algunos vivos que se llevaron los dólares hacia paraísos fiscales. No por ello debemos rechazar las enormes ventajas que nos enseñó esa década. Debemos aprender de algunos errores, pero no volver a pensar en la política. Es necesario incorporar a los “buenos administradores”, a los que proponen encargarse de arreglar todo, porque saben, porque tienen experiencia empresarial. Entonces, después de revisar esta historia ¿cuál es la sorpresa? Si alguien encarna todos estos valores, si le agrega a ello una concepción clara de cómo combatir la delincuencia, si sabe cómo dejar limpia la ciudad porque desde hace más de treinta años gerencia Manliba, si conoce el problema del transporte porque ha sido parte, con su familia, del negocio, etc. ¿No es la persona indicada para ocupar la posición a la que aspira, con una profunda vocación de servicio?

Parte II: Corrupción de la política

Una historia de corrupción

La corrupción no es un mal que haya aparecido hace un tiempo. Es un problema que lleva siglos en esta humanidad débil. Probablemente desde la aparición de este “homo sapiens-sapiens” que somos nosotros, equivale a decir unos seis o siete mil años o, tal vez un poco menos¹, pero por allí. Alguno podrá sorprenderse por la cifra, pero debe ser colocada dentro de la historia del hombre, no menos de dos millones de años. Alguna pista podemos encontrar dentro de la tradición judeo-cristiana, que está en la base de la cultura occidental moderna. No debe confundirse con una muletilla de hace unos treinta años que repetía que “somos occidentales y cristianos” y predicaban de noche con las armas en la mano.

Los rabinos de hace unos dos mil años tuvieron la intuición de que algo debió haber pasado para que el mal existiera sobre la tierra. No podía ser creado por Dios, porque éste era bueno. No podía ser la consecuencia de la existencia de un dios del mal, porque había un solo Dios. Por lo tanto, miraron en derredor y vieron a los hombres, ellos mismos. Por lo tanto, algo había pasado en ellos para que vivieran del modo en que lo hacían. Recordemos que estamos ya en épocas de Salomón (el que se hizo famoso por las *minas*), y que éste era un rey que construyó palacios, templos, ejércitos, trajo esposas de Egipto, etc. Y como dijo el filósofo Barrionuevo “nadie se hizo rico laburando”. Por lo tanto, si tenía tanto ¿cómo lo había conseguido?

También veían los rabinos que había mucha pobreza, mucha explotación, mucha desigualdad, y al mismo tiempo, oían a los profetas advertir: “Acuérdate Israel que tú también fuiste esclava”. Les recordaba que por tal razón unos siglos antes habían huido de Egipto y al llegar a las tierras de la Palestina se había realizado el Pacto de la Alianza (cualquier parecido con nuestra Argentina es mera coincidencia). Por este Pacto se había adoptado el Decálogo (conocido hoy por los Diez Mandamientos) como regla de vida comunitaria. Pero, como en estos tiempos, en aquellos tampoco esto se cumplió, a pesar de que todavía no se habían inventado los abogados. Se les hacía evidente que la “carne es débil” y las tentaciones muy fuertes. Entonces construyeron un relato, que catorce siglos después san Agustín denominó “el pecado original” (en el texto hebreo no existe la palabra pecado, se habla de errar el camino). ¿Qué nos dice hoy el relato?

Nos cuenta que durante mucho tiempo los hombres y mujeres (en plural: Adam y Eva son sustantivos colectivos, ver *El Libro del Pueblo de Dios*²) vivían en paz recogiendo alimentos en el Jardín del Edén. Este Jardín se hallaba ubicado entre los ríos Éufrates y Tigris. Los muy cristianos soldados del muy cristiano Busch, que parece leer otra Biblia, fueron a destruir lo que quedaba del Edén, no sea cosa que los hombres pretendan volver a esa tierras y ser felices. Pero, como en los mejores cuentos, un día se les apareció la tentación encarnada en una serpiente que les propuso hacer justo lo que no se debía hacer, violar la ley. Esta violación convertiría a los hombres en dioses y quien se puede resistir a tamaña tentación. Así fue que, como dijo Alberto Vacarezza “entró la envidia a roer”, y se terminó la paz, la armonía y la felicidad. Fueron expulsados del Jardín y tuvieron que empezar a trabajar.

¹ Sobre este tema se puede consultar mi trabajo *El hombre originario* publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2

² *Libro del Pueblo de Dios*, Ediciones Paulinas (varias) – Génesis 1.26.27 y 2.7 en adelante, págs. 31-33.

Sigue la historia de la corrupción

No debe entenderse de esta historia que el laburo fue un castigo, como alguna interpretación que anda por allí dice. El relato en este aspecto no hace más que reproducir en un mito la historia de la evolución humana. Prueba de ello es que poco más adelante habla de Caín y Abel (que tampoco son personajes reales sino que representan a los agricultores y a los pastores - ver *Libro del Pueblo de Dios*). Es decir, un acontecimiento de la historia entre pueblos que se habían hecho sedentarios, los agricultores, y pueblos que eran nómades, los pastores. Las diferencias entre esas formas de vida crearon conflictos. Y si los agricultores “mataron” a los pastores es porque así lo muestra la historia de la “civilización”, cultura de ciudad, los sedentarios se impusieron sobre los nómades. De no haber sido así hoy andaríamos tras las cabras y las ovejas caminando por el mundo. Probablemente hubiera sido una vida más sana, pero ¿quién quiere tanta salud?

Y como una cosa trae la otra, pelea va pelea viene, el mal se aposentó sobre la tierra. Parece que le gustó esta vida, y aquí lo tenemos. Ahora que me detengo a pensarlo, no eran nada tontos aquellos rabinos, entendieron cómo fue la historia mucho mejor que otros. Supieron colocar el problema donde debió estar siempre entre nosotros los humanos, los que inventamos el mal y lo cultivamos con un empeño digno de mejor causa. Es cierto que esto de culpar a todos hace que los que son malos de verdad se escuden en el mal de todos y se salven. Muchos de nosotros, los argentinos, decimos con aire de tipos experimentados: “Si vos hubieras estado en ese lugar ¿no hubieras hecho lo mismo?”. Y el guiño que acompaña la pregunta, con mucho de cómplice, deja afirmado que en el fondo la diferencia entre el chorro y el decente no es más que la oportunidad. Y el tango le refleja así: «el honrao se ha vuelto chorro porque en su fiebre de ahorro él se afana por guardar». Nosotros los decentes (tengan la bondad de permitir colocarme entre éstos) no hemos tenido suerte, caso contrario seríamos un Gostanián, un Cavallo, un Kohan, un Daniel Marx, para no abundar. Esos sí que fueron “vivos”.

Así fue transcurriendo la historia hasta que Dios, cansado de ver que el mal se había apoderado de los hombres y que daba patente de “piola”, sino miren a Tinelli, tuvo conciencia que lo que había predicado Jesús no alcanzaba para el mundo globalizado. Y comenzó una nueva etapa. Tenemos entonces a *la segunda enviada del Señor*. Primero nos había enviado a Jesús pero como el movimiento feminista se quejó nos envió a una mujer: la inefable Lilita. Esta enviada pertenece a una especie desconocida: la de los abogados honestos e incorruptibles, claro viene del cielo. Si bien no anda por la calle con la espada flamígera en la mano, por pura modestia, no deja pasar delito de corrupción sea del tipo que fuera. Si Escasany hizo alguna tramoya con el Banco de Galicia aparecía la “chapulín colorada” y denunciaba; si en Mendoza el criador de caballos había hecho algo incorrecto ella denunciaba;... y denunciaba y denunciaba. Nunca probó nada... pero esa no es tarea “divina”.

Pero ello no le llevaba todo el tiempo del que disponía. También se ocupaba de los maltratados, de los perseguidos, de las campañas sucias. Y encontró a un personaje que bien podía ser un héroe de historietas, como Batman, Superman, Spiderman, todos ellos son tan puros que no tienen pareja (por lo del pecado, se entiende ¿no?). Pero éste era un personaje porteño, por lo que podía ser un digno representante de la “viveza criolla”. Se llama Telerman, no se si siguiendo la tradición este nombre quiere decir “el hombre de la tele” (de ser así ese nombre les correspondería a muchos políticos). Pero éste en lugar de ser un perseguidor es un perseguido. ¡No podemos ganar una! Conseguimos un héroe, pero es un perdedor. Los malos, que existen en todas las historietas, quieren convencer a la gente que se hizo pasar por *Licenciado*. Él, en realidad lo tomó del chapulín, sin ninguna mala intención.

Se insiste con la historia de la corrupción

Les había contado que al pobre héroe porteño lo perseguían los malos. Y como ocurre en toda historieta, se decían de él todas cosas malas, inventadas, con el solo propósito, como es ya clásico, de desacreditarlo. Pero, como también es ya clásico, al final ganan los buenos. ¿O no? Sería un verdadero fracaso como héroe que perdiera. ¿Tanta mala suerte tendremos los argentinos? Ya sabíamos que el gaucho Martín Fierro no había terminado bien, pero era un gaucho y cómo va a ser un héroe triunfador en plena globalización, si no sabía meterse en Internet. De nuestro Capitán Marvel no se supo más nada, por lo tanto muy bien no le puede haber ido, porque si no la tele se hubiera ocupado de él como de un triunfador. Como se sabe en la tele están todos los triunfadores: Mirta, Susana... en fin, no quiero resultar cargoso, todos los premiados por APTRA.

Volvamos a nuestro héroe. Resulta que todo comenzó como un juego, él repetía bromeando el consabido “Dígame Licenciado” y los que lo rodeaban le decían Licenciado siguiendo la broma, *sin ninguna mala intención*. Así fue pasando el tiempo y se acostumbró a que le digan Licenciado, sonaba bien y como todo era broma no se preocupó por aclararlo. Ya siendo mayorcito, por esas vueltas que tiene la política, fue a parar a un puesto de gobierno donde la broma siguió. Se convirtió en una costumbre tan cotidiana que él se confundió y comenzó a usarlo como parte de su nombre, pasó a llamarse el Licenciado Telerman sin más. Pero la gente, que sabe poco de estas cuestiones académicas, no se dio cuenta de que era una broma y se lo tomó en serio. Así fueron pasando los años y otra vuelta de la política lo lleva a posiciones más encumbradas... Y participó en programas de televisión, en actos públicos, firmó documentos oficiales como Licenciado, claro que siempre como broma. Muchas de esas veces, firmaba antes de que le colocaran el sello, y su secretaria poco avispada le ponía después ese sello debajo de su firma, pero él no se daba cuenta.

Pero nunca falta un *buey corneta* que percibe la falta y, tal vez, comprendiendo mal la prédica de la enviada del Señor, lo denunció. Tras eso se agregó una diputada que envidiaba la fama y lo atractivo de la personalidad del héroe. No hay héroe que no sea envidiado, porque ¿quién no quisiera ser un héroe, y sobre todo uno que fuera señalado desde el cielo como el vicario en la tierra rioplatense? Se siguió, entonces, investigando y se agregó a lo ya dicho que algún tonto empleado, de esos que abundan en la burocracia municipal, le liquidó sus haberes con el agregado de lo que corresponde por título universitario. Pero la maldad de los hombres de Buenos Aires les impide comprender que un héroe no se detiene a revisar su recibo de sueldo, porque ellos no están acostumbrados a cobrar por lo que hacen, ellos llevan la justicia a donde haga falta, sin mirar a quien.

Ahora podrán ustedes comprender por qué la enviada se puso de parte del héroe y salió a defenderlo. ¿Será una historia parecida a la del “Hijo pródigo”? Nuestra pequeñez y mezquindad nos impide comprender la transparencia con que actúan aquellos elegidos que, medidos por el parámetro de nosotros los simples humanos, parecen ante nuestros ojos como corruptos. Ellos se rigen por una justicia superior que está fuera del alcance de nuestra estrechez mental, es una “justicia del amor”. Por eso no comprendemos lo que ha hecho el héroe y lo que hace su defensora.

Corrupción e información pública

Le gente está tan saturada de oír hablar de la corrupción, es tanto lo que se muestra al respecto, que se oyen quejas porque ya aburre. Esa gente no sabe apreciar el servicio que nos brindan los medios (se llaman así porque se ponen en el medio) poniendo en nuestro conocimiento todo ello. Ya hemos visto que este tema no es nuevo, que tiene larga historia. Pero la diferencia radica en que en aquellos tiempos no había ni diarios, ni radio, ni tele, ni brillantes “comunicadores independientes”, ni periodistas probos (porque prueban de todo), ni la agudeza que hoy exhiben para comentar el acontecer cotidiano. Aquellos hombres vivían en la ignorancia total. Con decirles que ni sabían leer, salvo “unos pocos elegidos” como dicen Les Luthiers. Por ello, entre su ignorancia y las pocas informaciones que les llegaba de la tradición oral, era muy fácil engañarlos. En cambio nosotros tenemos informaciones en “vivo y directo” de cualquier parte del mundo. Una información instantánea y veraz, descomprometida de cualquier poder que intente ponerla a su servicio. Por ello estamos en conocimiento cierto de todo lo que pasa. Es tal la certeza que nos brinda que mucha gente afirma seriamente que “si no pasó por la televisión eso no ocurrió”.

En lo local tenemos un Haddad que ha comprado muchos medios de comunicación en poco tiempo, para evitar que algún poder extraño se le adelante e intente engañarnos con sus informaciones. Él se hizo de una gran fortuna en breve plazo, que la puso en ese objetivo. Pero no le alcanzaba. Por ello, fue a buscar a unos amigos que tiene en los EE. UU. y les pidió prestado algún dinero para completar el pago. Miren hasta donde es capaz de sacrificarse por brindarnos una buena comunicación. Su disposición para servir a su gente no siempre es reconocida como merecería. En el nivel internacional una de las figuras señeras, en el mundo de la información, puede ser Ted Turner con su creación de la cadena CNN. El esfuerzo informativo que desplegó llegó al extremo de arriesgar a sus hombres al enviarlos al Medio Oriente, “cuando nadie quería ir”, para traernos en directo la operación *Tormenta del Desierto*. Y fue tan minucioso en su trabajo que cuando la transmisión del desembarco no quedó como él deseaba exigió a los marines que subieran a los barcos y volvieran a desembarcar. Todo este esfuerzo para brindarnos las mejores imágenes. Otro que puede nombrarse, entre muchos, es el australiano Rupert Murdoch (el de Fox News) que compró cadenas de televisión, radios y revistas en todo el mundo para garantizar el flujo limpio de la información.

Gracias a toda esa voluntad, puesta al servicio de la mejor información, estamos al tanto de todos los actos de corrupción que se producen. Aquí radica la fundamental diferencia con otras épocas de la historia. Eso nos permite dudar sobre si hoy hay más corruptos que en otra época. En esto, como en muchas otras cosas, lo que ocurre es que estamos más y mejor informados, y por ello tenemos la “sensación informática” que hoy hay más corrupción. Al contrario, porque la conocemos cada vez hay menos. ¿Quién se atrevería hoy a caer en manos de la justicia por cometer un ilícito, al saber que se conocería de inmediato por los medios?

La elección a dedo

No se le puede pedir a la mente humana que lo vea y lo sepa todo. Sería el más grave pecado de la soberbia, aquél que le costó a Adam el paraíso: “ser como Dios”. Pero, a pesar de esta dramática experiencia, pareciera que los tiempos modernos han olvidado tal enseñanza. Y esto se puede comprobar con sólo echar una mirada a los medios de comunicación. Uno no termina de asombrarse por “todo lo que saben” los periodistas, comunicadores y otras yerbas, que pululan por esos medios.

Hubo tiempos, no tan lejanos, en los que algunos de ellos, y no pocos, merecían un respeto por su prudencia, por su juicio mesurado, así como por su humildad y sencillez: cuando no sabían consultaban a los que estudiaban el tema. O será que la edad ya me hace ver que “todo tiempo pasado fue mejor”. También es cierto que la conversión de la información en mercancía ha tenido consecuencias nefastas. No tanto por la comercialización que de ella se hace, lo que podría ser aceptado, relativamente, dentro de ciertas reglas, puesto que antes también la publicidad era parte de la profesión. Sino porque hoy, desde hace ya más de dos décadas, pareciera que todo es negocio, se dice lo que “las empresas que apoyan el país” desean o les conviene que se diga.

Todo esto viene a cuento por una observación de los análisis de los periodistas políticos, y me restrinjo a los que pasan por ser los más “serios”: M. Grondona, J. Morales Solá, el dúo de “A dos voces”, que en realidad es una sola y monocorde, etc. Con cierta ingenuidad de mi parte, me pareció que el énfasis puesto en la crítica del “dedo” del presidente en elegir a su esposa como la candidata oficial correspondía a una actitud de defensa de los mecanismos democráticos. Pero, a poco de andar, empiezo a darme cuenta que no hay un solo candidato que haya sido elegido por las elecciones internas, al menos mi memoria no lo ha registrado. El “muy británico” Lavagna se autopostuló, otro tanto ha hecho el “financista” López Murphy, no hizo menos el “contrabandista” Mauricio, que también es Macri, y, para no abundar, la inefable “Lilita” dice a voz en cuello que no sólo se autoproclamó sino que tiene un terceto dentro del cual va a elegir, “ella”, a su vicepresidente siguiendo los pasos del británico.

Comprenderán mi sorpresa, cuando logré salir de mi ingenuidad. Si lo del presidente está mal, y esto merecería un largo debate sobre el estado actual de nuestra democracia y de los partidos políticos, por qué no lo está en todos los demás, sobre lo cual no he logrado escuchar la virulencia que se descarga sobre la candidata oficial. No creo que lo dicho sea un desborde de lucidez, sólo mi lentitud me impidió advertirlo antes. Pero ello no disminuye la perversidad de los mensajes recibidos desde los “medios serios” de desinformación.

Reflexiones sobre estos tiempos políticos

Hace no mucho tiempo hablé de los que hemos pegado la curva de la vida, doblado el codo dicen los muchachos del turf, y hemos encarado la recta final. Esto tiene, sin lugar a dudas, sus desventajas, más hoy con tanto juvenilismo. Pero tiene sus ventajas, que debemos rescatar para reivindicar nuestra condición de veteranos (que viene del latín viejo, pero que suena menos agresivo). El haber vivido bastante pasa hoy por ser una especie de desgracia natural. No digo un cataclismo, pero tal vez un viento muy fuerte que desbasta muchas cosas a su paso. Sin embargo, mirado desde otra óptica otorga alguna sabiduría (virtud en desuso en estos tiempos en que los/as veteranos/as hacen esfuerzos denodados para emular a los jóvenes). Probablemente, por ello los jóvenes nos miran con cierto desprecio, parecido al que le dedican a un mueble viejo o a un disco de pasta de tangos. Pensar que en las sociedades tradicionales se los colocaba en un Consejo de Ancianos para consultarlos sobre cómo resolver algún problema, (hoy a los ancianos no les piden consejos, se los dan: morite pronto).

Decía, entonces, que tratando de encontrarle alguna ventaja a esta etapa de la vida me detuve a observar las campañas electorales en curso. Antes era suficiente escuchar o leer las plataformas de los diferentes partidos políticos para saber que proponían y decidir cuál nos convencía más. Eran tiempos en que los partidos políticos eran instituciones respetables y ser dirigente político daba porte de persona seria, ilustrada y de bien. Comprenderán las sensaciones y sentimientos que a uno lo embargan al intentar hacer

alguna comparación. Los grandes debates ideológicos que los enfrentaba, los análisis de las propuestas políticas, el conocimiento que se tenía sobre la trayectoria moral de los candidatos. (Casi se me escapa el “¡qué tiempos aquellos!”, pero me reprimí). Con sólo mirar los cuadros que hay (o debe haber) en el Congreso o en la Casa Rosada uno entiende de inmediato que están diciendo “nosotros éramos gente seria” (al menos reían poco).

Recuerdo que mi padre recibía el Diario de Sesiones de las Cámaras de Diputados y Senadores y leía los discursos de aquellos dirigentes que eran grandes oradores: Lugones, Palacio, de la Torre, Balbín, Frondizi, etc. Y me repetía alguna frase elocuente y bien construida, alguna metáfora profunda, alguna referencia poética, etc., mientras me miraba dando a entender que debía tomarlos de ejemplo. Ambas cámaras estaban integradas por personas de grandes ideales, patriotas, o así lo creíamos y, para aquellos tiempos eso era bastante.

Yo me debato hoy en tinieblas de dudas. Observo lo que ocurre ante mis ojos, me detengo a oír a nuestros dirigentes, trato de descubrir cuáles son las ideas que sostienen sus postulaciones, comprender a qué partido pertenecen, qué trayectoria tienen en esos partidos, y es muy poco lo que puedo sacar en limpio. Encuentro que este candidato por el partido X había sido no hace mucho tiempo candidato por el partido Z, y que en cuanto asumió formó bloque propio porque un día no lo saludaron. Yo pertenezco a la época que de club o de partido no se cambiaba, eran convicciones para toda la vida. No quiero caer en la actitud de un viejo melancólico que critica todo porque nada lo complace. Quiero vivir acorde a estos tiempos, entender el mundo que nos ha tocado, ser parte de él. Pero, por favor, les ruego que me entiendan: no puedo, necesito ayuda. Pero no se preocupen, me voy a dormir y mañana estaré mejor.

La relatividad de la política o la politicidad de lo relativo

Las ideas de cada época han sido siempre el resultado de una larga y dura batalla para imponerse. Desde Sócrates para acá, pasando por el de Nazaret, Juana de Arco, Galileo, Marx, Einstein, Menem (Táchese lo que no corresponda) etc., todos ellos fueron parias incomprendidos en vida, y muchos pagaron muy caro su osadía de contradecir las ideas imperantes. Por ello habrá sido que el de la Palestina dijo “nadie es profeta en su tierra”. El caso de Einstein me llevó a algunas reflexiones que quiero compartir con Uds.

Después de mucho pensar y de llenar de cuentas cuanto cuaderno le ponían enfrente se atrevió a contradecir a Newton, y si no lo contradijo en algo no estuvo de acuerdo. De allí sacó esa disparatada idea de la relatividad por la cual anunció que el tiempo modifica la distancia, o la distancia achica el tiempo, o algo parecido. Esto dio lugar a que a algún romántico se le ocurriera sostener que “dicen que la distancia es el olvido”. Pero en una muestra más de lo difícil que es modificar las ideas de la gente agregó de inmediato “pero yo no concibo esa razón”. Testarudo, como muchos otros. De allí en adelante, pero mucho tiempo después, la gente comenzó a reconocer la verdad de lo que el sabio Einstein había sostenido, aunque no se comprendiera bien de qué se trataba. Y el lenguaje cotidiano incorporó la famosa frase “todo es relativo”. De ahí en más, cuando no se tenía argumentos suficientes para rebatir alguna afirmación en medio de un debate, aparecía la frase salvadora. No se decía nada, pero sonaba a profundo.

Así las cosas, con esto de que la relatividad era el camino para entender el mundo real, ya ni en el tiempo ni en las distancias se pudo creer porque la velocidad de la luz modificaba todo. Le dieron la razón a nuestro máximo profeta de los cafetines, si todo es relativo, entonces: “verás que todo es mentira, verás

que nada es amor”. De lo cual yo saco la siguiente conclusión: si todo es relativo lo es también el espacio, donde estés depende de donde está el otro. De este modo somos occidentales porque miramos el mapa con el Atlántico en el centro, por culpa de la ignorancia de Mercator. Si hubiera colocado el Pacífico en el centro seríamos orientales.

¿Comprenden ahora porque no hay más izquierdas ni derechas en la política, sino sólo centristas? La culpa de todo ello la tiene Einstein, porque los políticos, lectores atentos de la física de la relatividad, comprendieron que se podía ser de derecha sólo con respecto a los zurdos, y éstos lo eran porque había derechistas. Pero se desmoronó el Muro y desapareció la izquierda, que se fue transmutando de a poco en Socialdemocracia, luego en Tercera vía y después en... (nosotros que hace rato estamos “en la vía” nunca pudimos encontrar esa tercera). Y lo mismo le ocurrió a la derecha, se fue cayendo hacia el centro. La velocidad con que esto sucedió achicó las distancias. Está claro, el problema es cosmológico. Por todo ello, yo que me he quejado de que los políticos cambian de ideas y de ubicación, ahora comprendo que “todo es relativo”. Es mi ignorancia de la física y de no haber escuchado a Discépolo: «¡da lo mismo que sea cura, colchonero, rey de bastos, caradura o polizón!...»

La moral de los mejores

A esta altura de la historia sorprende poco que reine un escepticismo galopante. Cuántos de aquellos valores que fueron “columnas de la sociedad”, que funcionaron como el sustrato de la cultura moderna, que permitían diferenciar al ciudadano honesto del simple ladronzuelo (porque los delincuentes de alto vuelo fueron siempre respetados), sostuvieron y posibilitaron una sociedad de “gente como uno”. Por ello, mi abuela podía decir con todo orgullo “pobre pero honrado” lo cual la colocaba a ella y a su familia del lado de los buenos (¡pobre abuela! ¡qué ingenua era!).

Insistiendo con el profeta de los cafetines, nos obliga a tomar conciencia de que hoy “Lo que hace falta es empacar mucha moneda, vender el alma, rifar el corazón”, frente a tanta pavada como “estudiar para mejorar”, saber que lo que se tiene “debe ser fruto del esfuerzo cotidiano”, que “una vida honesta permite caminar con la frente en alto”, que “es más importante el buen nombre que una fortuna”, y que “el buen nombre dura toda la vida, la fortuna va y viene”. Mi abuela tuvo la suerte de irse a tiempo, cuando todavía este derrumbe no estaba tan claro como ahora. Cómo no va a llorar la Biblia “herida por un sable sin remaches”, que para empeorarla es probable que estuviera oxidado.

Algún optimista empedernido me dirá que soy un amargado, que veo “la mitad del vaso vacío”, que con gente como yo es imposible salir adelante. Puede ser que tenga razón. Pero le ruego a ese “sermonista” que me comprenda. Yo me fui aferrando a cada rama que me pudiera sostener mientras iba cayendo del árbol, finalmente encontré un tronco fuerte en el que me senté aliviado, para retomar el aliento, para recuperarme, levantar la mirada al azul del cielo buscando una bocanada de esperanza. Y me acomodé tranquilo.

Pero “la suerte que es grela” me jugó una mala pasada, apuntó justo contra una de las pocas columnas sólidas que me permitían hacer pie en medio de este desbarajuste. Sr. “sermonista”, le ruego que me comprenda: cayó a mis pies un baluarte de los valores de esta sociedad. Le cuento: me levanté como todas las mañanas, me preparé el mate, encendí la radio para seguir alarmándome con lo que pasa en este mundo, con la misma actitud de quien tiene paciencia esperando que algo mejore. De pronto, como un rayo que me partió la cabeza, oigo la nefasta noticia “Blumberg no es ingeniero”. Dígame, ¿cómo tomó Ud. semejante sablazo? ¿Puede comprenderme ahora? Lo mío no es escepticismo, es desmoralización, es desilusión. Me siento estafado en lo más profundo. Yo creí en ese hombre, creí en la verdad que encarnaba, le seguí en esa prédica de una justicia que nos libere de “los pibes chorros”, los pobres se entiende, no los otros. Ahora ¿qué hago? “Levanté un tomate y lo creí una flor”.

Ya llegaremos a ser totalmente democráticos

Hemos llegado a disfrutar de una maravillosa democracia en la que se puede opinar sobre todo. Tenemos la tranquilidad que esta democracia está garantizada por Busch (el de la W) que se ha impuesto la titánica tarea de implantarla en todo el mundo. Ciertamente es que el muy obstinado a veces se pasa de impetuoso, pero no puede negarse que sus propósitos son nobles. La democracia se ha ido desarrollando en los Estados Unidos desde los Padres Fundadores hasta nuestros días. Pero el pragmatismo anglosajón se ha mostrado muy flexible en cuanto a la formulación jurídica de esa democracia. Por ello a aquella acta fundacional le fueron haciendo Enmiendas para adecuarla a las cambiantes situaciones históricas. Las

enmiendas vienen a ser como parches que se le van agregando, pequeños retazos que se le colocan a una tela, algo así como sucesivos zurcidos, de modo que algunos ya no recuerdan como era el paño original.

Será, tal vez, por ello que a ciertos islámicos les cuesta tanto entender eso de la democracia occidental. Ellos intentan leer lo que se escribió y luego pretenden corroborar en la práctica que lo escrito se convierta en realidad. En esto demuestran la distancia que hay entre el pragmatismo anglosajón y el idealismo musulmán. Pretender que las leyes se reflejen en la vida cotidiana es suponer que ya llegó el paraíso a la tierra. Ellos son prácticos, sobre todo los norteamericanos. Ellos rezan todos los domingos, agradecen a Dios antes de cada comida, y como ya han limpiado su alma, después le pegan al alcohol en todas sus variantes, y se divierten con algunas otras cosas. Pero todo ello no altera su moral puritana.

En cambio, los musulmanes tienen una actitud dogmática ante el alcohol y otras “yerbas”. A uno le cuesta mucho entender tanta rigidez. Se horrorizan ante lo que ellos llaman la “lujuria de occidente” porque ellos enclaustran a sus mujeres dentro de sus casas y las tapan desde la cabeza a los pies. No son democráticos como los norteamericanos que les dan la libertad a sus mujeres de bailar desnudas en el caño en cuanto bar existe. (En esto no han sido muy originales, copiaron todo esto a Tinelli que es el verdadero creador de tanta libertad de expresión).

En occidente se respetan todas las profesiones, y hasta se las incentiva y se las aplaude. Por ello la más vieja profesión es desempeñada en todo el mundo libre a la vista de todos. Y como se pregona el libre mercado se traen chicas de diversos países para que desarrollen su vocación. El libre comercio, que no reconoce fronteras, posibilita que en París, como en muchas otras ciudades europeas, uno pueda encontrar mujeres polacas, rusas, chinas, etc. Ejerciendo su vocación sin ningún impedimento. Acá, en la periferia, se pueden ver dominicanas, paraguayas, colombianas, porque el cambio no nos favorece. Esta es la razón por la que escasean las rubias, pero en cuanto volvamos al “uno a uno” volveremos a importar de todo.

Es cierto que América, la parda, está pasando por un momento de gran confusión por lo que nos cuesta, tal vez como a los musulmanes, comprender todas las virtudes del libre mercado y la democracia estadounidense. Por eso, creo yo, que rechazamos el ALCA. Pero es evidente que es mucho más fácil oponernos a ciertas medidas económicas que a la homogeneización cultural. Nos oponemos al libre comercio con los EE. UU., pero comemos hamburguesas a reventar, usamos un mal inglés y en lo posible reemplazamos el vetusto idioma de Cervantes por el moderno “lunfardo de Harlem”. Pero, por fin, llegó a Buenos Aires la liberación: seremos macrísticamente libres.

Siglo XXI señores, ¡por favor!

Hace muchos años había aparecido una publicidad de un talco que comenzaba preguntando: “¿Será nena será varón...? La respuesta era muy simple: “es lo mismo”. Claro, como se trataba de comprar un talco para bebés no daba lugar a grandes disquisiciones de género al respecto. Pero, ahora se trata del poder y, como todo el mundo sabe, con el poder no se juega. Por el contrario, pareciera que el poder juega con más de uno. Y aquí no parece importar si es nena o varón. (Advertencia: esto no es kitchnerismo; es un desafío a la inteligencia)

He visto que en los medios ha aparecido el problema de la posibilidad de una mujer en el poder. Y las preguntas que se hacen es si estará en condiciones de ejercerlo. Pero, señores, seamos serios (digo “señores” porque parto del supuesto de que las mujeres, o sea las “señoras”, no se hagan estas preguntas, ¿o sí? Esto, entonces, sería grave, gravedad de género ¿no?). Después de haber visto sentado en el Sillón de...

(perdónenme pero no puedo nombrarlo, la culpa la tiene mi inclinación a leer historia y descubrir *quién es quién*) a cada personaje sobre los cuales hubiera sido sano preguntarse si estaba en condiciones de ejercerlo, ¿ahora se nos ocurre esta pregunta?

Deberíamos sincerarnos: el problema no es si es capaz de ejercer el poder, el problema real es que es mujer. Claro está, si la comparación se hace con la residente en España, que se molestaba cuando la “atosigaban”, puede dar lugar a las sospechas. Pero pensándolo un poco, la comparación ¿no la favorece y mucho? Por lo que sugiero que cambien el ataque. Porque aquella triste historia tiene más semejanzas con un personaje que también salió en helicóptero: ambos vivían en el *topos uranos*, para ser compasivos y piadosos. Y si bien de ella se temió por sus capacidades en aquel momento, de él se cantaban loas. Seguro, por parte de aquellos desmemoriados que olvidaron qué había estado haciendo sentado en el senado durante años. Y la desorientación que exhibe el personaje hoy ya la tenía entonces. Es congénita.

Ahora bien si el problema es ser la esposa de..., acá aparece otro olvido. No hace más de cinco o seis años el tema era el inverso: él era el esposo de ella, y esto por más de diez años. Entonces, colegas esposos, preguntémonos cuántos de nosotros se sentiría cómodo con una mujer al lado nuestro tan “dócil” como ella. Y agreguemos más preguntas: ¿Por qué a otra mujer que se la llamaba “Ella”, nadie le preguntó si era capaz de ser gobernadora, y a otra bastante más petiza, “portadora de apellido” tampoco? ¿“A los argentinos, señor, qué nos pasa...” que caemos en tales confusiones?

Por lo que creo que deberíamos centrarnos en qué piensa, qué dice que va a hacer, qué propone. Y cuando se escribe, se habla por radio o televisión, y tanto se bate el parche sobre este tema, lo que no aparece es lo que voy a proponer: a) que se le revise el “currículum” (o como se deba llamar) a todo candidato a algún puesto político, b) que se le tome luego un test de inteligencia y un examen de conocimientos generales, c) que redacte ante un jurado una mínima monografía sobre por qué cree que tiene condiciones para ser candidato/a, y d) que se habilite a presentarse a elecciones a los/as que hayan aprobado. Y dejemos de lado si es hombre o es mujer. Siglo XXI señores, ¡por favor! (Claro, ahora caigo en la cuenta: El problema, debo confesarlo, es la composición del jurado examinador).

Parte III: *Las dificultades que debe enfrentar la democracia*

La debilidad del Estado y la concentración económica

Nos han acostumbrado desde hace mucho tiempo a hablar del mercado, de sus logros, de sus límites y de sus contraindicaciones. Esto tuvo su contraparte en las denuncias y críticas de la intromisión del mercado (por medio de las privatizaciones) en sectores sociales: salud, educación, jubilaciones, pensiones, correos, comunicaciones, desarrollo económico, etc. Esto nos obliga a pensar la necesidad de replantear el libre mercado, tal cual se practica hoy, porque su lógica ha ido demasiado lejos, dado que se nos ha metido en todos los campos de la vida y ya podemos comprobar sus consecuencias. Hoy debemos llegar a la conclusión de que la defensa del neoliberalismo como doctrina y como proyecto, dice Luis de Sebastián, profesor de la Universidad de Barcelona: “es una cortina de humo para ocultar el avance de la planificación central”, que practican los grandes monopolios que resultan de las fusiones y adquisiciones de los últimos años. ¿Qué sutileza! ¡Los que predicán la *libertad* de mercados *concentran en pocas manos* el manejo de la economía!

Parece que hemos caído en el engaño que nos tendió el neoliberalismo. Al rescatar la vieja doctrina liberal de la defensa del individuo, que tuvo su razón de ser ante la omnipresencia arbitraria del estado absolutista de los siglos XVIII y XIX, creímos sumarnos a la defensa de las libertades individuales, que se expresaban, según la actualización de esta doctrina. La estrategia fue astuta: se defiende la eficiencia del mercado en la asignación de los recursos para dar la impresión que se lucha por la competencia, pero en realidad se trata de tapar el hecho de que se está reduciendo la competencia y destruyendo el mercado. El mercado y la competencia se están destruyendo en la medida en que se consolidan los enormes monopolios que están surgiendo ante nuestros ojos. Mientras discutimos con los apologistas del mercado, no nos ocupamos de quienes lo están destruyendo. El economista de Sebastián sintetiza en las siguientes tesis el estado actual del mercado internacional, escenario de la concentración del poder, en todas sus variantes, económico, político y su incidencia en lo social:

a) Las empresas que más tiran de la economía son empresas nuevas, en el sentido de que incorporan y se benefician de las nuevas tecnologías, los nuevos productos relacionados con las telecomunicaciones, la informática y la computación y sus aplicaciones a sectores tradicionales, como la industria, la banca y el comercio.

b) Estas empresas tienen muchas veces objetivos a corto plazo: aumentar el valor de las empresas, es decir su cotización en bolsa, lo cual les interesa más que generar beneficios normales y distribuir dividendos.

c) La fuente de capital financiero son los grandes fondos de pensiones, de seguros y de inversión, que no son manejados por sus propietarios sino por especialistas que detentan un poder enorme para bien o para mal de muchas economías, los nuevos gestores del poder mundializado.

d) La fusión de empresas, que lleva consigo la reducción del número de las que operan y compiten en un sector, esta ampliando el radio de acción de la planificación central en sectores cada vez mayores de la economía.

e) Se está transformando la forma de trabajar, el concepto de empleo permanente y estable se está sustituyendo por el de empleo flexible, es decir cambiante e inestable, a la par que cambian los conceptos de lealtad, fidelidad del personal y su compromiso con una determinada empresa.

Las relaciones de los conglomerados empresariales con los gobiernos y otras administraciones públicas están cambiando. Sobre todo en la cuestión de los impuestos, que se les sustrae a los estados a la vez que se echan nuevas cargas (los despidos masivos) sobre el sector público. Creo que debemos pensar desde este escenario de hoy el tipo, el momento y la cantidad de batallas a librar. ¿Se podría decir que las empresas multinacionales hacen lo mismo que se les acusa a los curas: «haced lo que digo, pero no lo que hago»?

Democracia y gobernabilidad

El tema de la democracia como un problema a pensar, por el grado de conflictividad que contiene dado la necesaria confrontación de intereses que toda pluralidad expone, fue materia de reflexión seria en los más altos niveles del poder internacional. La Comisión Trilateral, un organismo no gubernamental fundado en 1973 por el banquero David Rockefeller, integrado por alrededor de treientos hombres de negocios, políticos e intelectuales de los Estados Unidos, Europa Occidental y Japón, responde a la necesidad de los monopolios transnacionales de disponer de mecanismos de elaboración teórica y

formulación política para enfrentar las contradicciones derivadas del proceso de concentración transnacional de la propiedad y la producción. Se propuso analizar el escenario mundial del último cuarto de siglo XX. Para aquel tiempo la existencia de la Unión soviética era un señor problema.

Las principales concepciones políticas de esta Comisión pueden encontrarse en un informe publicado en 1975, cuyo título ajeno a expresarse con sutilezas es La Crisis de la Democracia: informe sobre la gobernabilidad de las democracias para la Comisión Trilateral. Según escribe en su libro América Latina entre Siglos, el politólogo Roberto Regalado, el concepto de democracia de baja intensidad fue allí elaborado como un instrumento útil para pensar formas más manejables de democracia en las que los conflictos no pongan en riesgo la gobernabilidad. Este documento cuenta con la autoría de Samuel P. Huntington, Profesor de Gobierno de la Universidad de Harvard, Michael Crozier, Senior Research Director del Centro de la Investigación Científica de Francia y Joji Watanki, profesor de Sociología de Sophia University de Tokio, Japón.

Regalado resume el contenido de este documento: «la Comisión Trilateral es la gestora de la doctrina de la gobernabilidad, esquema de control social asentado en los mecanismos de la democracia burguesa, consistente en eliminar el espacio de confrontación social en el que los partidos políticos, los sindicatos y otras organizaciones representativas de las clases populares pueden luchar por la satisfacción de sus reivindicaciones políticas, económicas y sociales». El tan promocionado editorialmente, hace unos años, Samuel Huntington, propuso en este informe algunas soluciones ante el crecimiento del “igualitarismo democrático” que en su país, en la década del 60, abrumaban al Estado con demandas por encima de sus posibilidades. Este es precisamente el tema de análisis de la Comisión: la democracia permite una demanda de soluciones que están creciendo, pero el capitalismo no las puede resolver. Este preanuncia un horizonte de conflictos sociales para los cuales la democracia es impotente. A este profesor se le ocurre proponer «fomentar el gobierno de las élites, promover la apatía de las mayorías, limitar las expectativas de las capas sociales bajas y medias, aumentar el poder presidencial, fortalecer el apoyo del Estado al sector privado y reprimir a los sectores radicalizados del movimiento sindical». Parece música conocida.

El desarrollo de políticas que la Comisión propuso y que fueron implementadas a través de la presión de diversos organismos internacionales que ya conocemos (Fondo Monetario internacional, Banco Mundial, etc.), lograron el escenario político, económico y financiero e la década de los ochenta que culminó en el Consenso de Washington en Noviembre de 1989. Es sintomático que esta fecha coincida con la caída del Muro de Berlín como comienzo del final de la existencia de la Unión Soviética. El período siguiente de imposición de una filosofía, una cultura, una concepción de la economía y de las finanzas, denominado el neoliberalismo, atentó seriamente contras las posibilidades de la existencia de una democracia integral. La gobernabilidad de la que hablaba la Comisión se redujo al imperio del mercado y sus funestas consecuencias.

Mirar el contexto global

Una de las consecuencias que se presentaron es la distancia que se fue abriendo entre precios y salarios, manejado todo ello por las reglas del mercado, problema que voy a plantear ahora. El tema que está en el tapete de la información pública, que ha hecho correr ríos de tinta (con perdón por la vieja expresión) es el de la inflación de precios, sobre todo de aquellos referidos a la canasta de alimentos. Que éste es un problema serio no cabe duda alguna, pero es imprescindible colocar este tema dentro del

contexto internacional para comprender mejor lo que está sucediendo, y que va a seguir por ese camino. Se puede leer en los medios especializados la gravedad del fenómeno: el aumento de los insumos que corresponden a la producción de alimentos.

Este tipo de malas noticias se pueden encontrar en todo el mundo: “Los altos precios de los alimentos parecen haberse adueñado de los mercados, por diversas razones, y permanecerán por un tiempo. El trigo y la leche han alcanzado récord históricos en el mercado internacional, el arroz se encuentra en el nivel más alto de los últimos diez años, el maíz y la soja también están por encima de los precios promedio de hace una década y la carne se ha disparado en muchos países. La era de la comida barata parece haber terminado”. Es evidente que la noticia merece ser tratada con toda seriedad y no convertirla en armas para la mediocre batalla política interna de nuestro país.

La demanda actual excede la oferta, y hay preocupación de una escasez inminente, en tanto que las reservas no son suficientes y algunos países restringen la exportación de alimentos. No es raro que los precios de algunos alimentos aumenten repentinamente, aunque luego declinen. “Esto se debe generalmente a que las cosechas se ven afectadas por sequías o por algún tipo de plaga. La actual sequía en algunos países productores de trigo es una de las razones del reciente aumento de este cereal. Sin embargo, esta vez parecen existir también factores estructurales y de largo plazo que sugieren que los altos precios de los alimentos se mantendrán o incluso continuarán aumentando”.

Tomar debida nota de esta información y colocarla en un plano de política de Estado permitirá salir del tire y afloje, de la discusión mal planteada con malas artes, para llevar aguas a distintos molinos. El primer dato es “el incremento de la demanda de alimentos en los países en desarrollo, debido al aumento de la población, los mayores ingresos y un cambio en las preferencias. China es un claro ejemplo, pero hay numerosos países donde la demanda está dejando atrás la oferta local, produciendo a su vez un aumento de la presión en los mercados internacionales. El segundo factor es el aumento de precio de los insumos para la producción de alimentos. El petróleo constituye un claro ejemplo: su precio se ha disparado alcanzando la semana pasada el récord de noventa y dos dólares por barril y algunos expertos predicen que alcanzará los cien dólares”.

Ese complejo de variables impacta en el precio de los alimentos al menos en dos formas: produciendo un aumento del precio de insumos como el combustible para los tractores y los fertilizantes, y también de los costos de transporte marítimo de los alimentos. El tercero es el auge de los biocombustibles, que está provocando que tierras que podrían utilizarse en la producción de alimentos sean usadas para cultivos destinados a la producción de combustibles. Cuesta encontrar en la información pública una referencia al papel de los especuladores, escondidos tras esas palabras ambiguas y confusas: mercado e inversores.

Los que oscurecieron el futuro

Los ochenta y los noventa fueron un escenario que intentó convencernos de que era necesario modificar ciertas instituciones que impedían el desarrollo económico y, por tanto, el bienestar de los pueblos. Ello imponía una reforma o una sustitución de las trabas que se interponían en ese camino. La institución predilecta fue el Estado Nacional, y todos los que lo acompañaban, porque su inutilidad había quedado demostrada, según esos criterios. Se puso al servicio de este proyecto un aparato publicitario que abarcó a todos los medios de comunicación, con excepcionalísimas situaciones, para convencernos de las

bondades de los nuevos tiempos. La riqueza que llenaría las copas de la abundancia derramaría oportunidades para todos.

Las copas demostraron ser un agujero negro que se tragó todo. Nada salpicó al resto de los mortales y, por el contrario la exclusión incorporó año tras año, una mayor cantidad de hambrientos que fue arrojada a los márgenes del sistema. Hay ejemplos que iluminan como funciona este mundo globalizado de cada vez menos ricos más ricos y más pobres más pobres. Cualquier empresa trasnacional decide desplazar una fábrica porque consigue mano de obra más barata o mejores condiciones de producción en otra región. Esto acarrea mayor desocupación en el lugar donde estaba radicada. Pero el problema de esos obreros nuevos desempleados no es medida de nada, no se piensa la decisión en función de ellos. Los hombres de la economía no piensan en la gente concreta de su país sino en cómo adaptarse mejor a los dictados de las políticas de la burocracia financiera internacional. La eficiencia del número desplaza al hombre del centro de la escena. La Razón técnica (el mayor lucro posible) ofrece argumentos sólidos que sustentan la decisión.

Durante siglos imperó la sociedad del trabajo donde una persona podía ser analfabeta, mal paga, pobrísima pero tenía su ubicación social como campesino o como obrero no calificado. “Debe trabajar el hombre para ganarse su pan”, pero esto estaba dicho contra los que no querían trabajar habiendo trabajo. Ahora eso ya no sucede más y se abren descorazonadores interrogantes para el futuro. Aparecen interrogantes desoladores: «¿Cómo se construye un país que necesita para producir apenas de un porcentaje de su gente? Hay cifras alarmantes: en Alemania pronostican que en quince años habrá 38 % menos de trabajadores industriales y en los Estados Unidos piensan que en 25 años el 40 % de los estudiantes universitarios no va a tener empleo cuando se reciba».

Estos datos, presentados por el investigador francés André Gorz, plantean no sólo la falta de empleo sino el deterioro de la identidad. Un trabajador, sea un tornero o un médico, se integra a la comunidad a partir de su lugar de producción, de sus saberes y de sus rutinas. Ahora empiezan a quedar desclasados, arrojados a esa categoría de los marginados no necesarios. Esa categoría “marginados” es utilizada por la prédica de muchos medios de comunicación para aterrorizarnos con la inseguridad social. Si en el norte el terrorismo musulmán genera pánico, entre nosotros la prédica de la *inseguridad callejera* nos recluye dentro de nuestros hogares. Todos aquellos que todavía tienen algo para perder se atrincheran para protegerse de los que atentan contra esa propiedad. Sin pensar que antes muchos de nosotros fuimos cómplices por interés, por ignorancia, por comodidad, por desentendimiento, del despojo a que fueron sometidos todos los que hoy parecen amenazarnos.

Podríamos pensar que tal vez, sin darnos cuenta, el futuro no se volvió oscuro de pronto, sino que nuestras actitudes individualistas no nos permitieron comprender que, los que colocaban un telón para ocultarlo, también nos estaban amenazando a todos nosotros. Esos pocos que hoy figuran en las listas de los más ricos del mundo aparecieron como ideales posibles en la educación que dimos a nuestros hijos.

La libertad de los poderosos

Estamos ante un proceso que se abre por la revisión de la ley de Radiodifusión. Analizar el caso brasileño es un ejercicio interesante e iluminador, en las actuales circunstancias. En cierto modo, es una especie de espejo en el cual mirar un futuro posible nuestro. Si bien es necesario establecer algunas diferencias el cuadro general debe funcionar como una advertencia para nosotros. El contraste que primero

debe subrayarse, y esto debe ser planteado con sumo cuidado por las consecuencias que puede acarrear, es el público que se fue conformando en Brasil y en nuestro país. Las diferencias educacionales son apreciables para quien quiera observar la capacidad de defenderse del bombardeo mediático en un caso y en otro. La conformación de una cultura de clase media que comenzó a configurarse desde principios del siglo XX en la Argentina marcó una diferencia notable respecto de gran parte de Latinoamérica. Fuimos durante décadas un polo de producción cultural, en el más amplio sentido de la palabra, para el resto del continente de habla castellana.

Esto le impone al manejo mediático de las empresas ciertos límites diferentes respecto de lo que acá o allá puede hacerse. De todos modos veamos ese caso. Durante la campaña electoral de 1999 la Red Globo emitió la telenovela “Salvador de la Patria” en la que aparecía un personaje, Sassá Mutema, clara y burdamente identificable con Lula: no tenía formación universitaria, era de origen humilde y se postulaba para la alcaldía de su pueblo. Una vez electo se corrompía ante las tentaciones del poder. No creo equivocarme al afirmar que eso sería fuertemente criticado en nuestro país por gran parte del arco político. Nuestro público exige mayor sutileza en los agravios. Aunque a veces tengo dudas sobre el particular.

Esto nos muestra que para los grupos mediáticos, aun con diferencias, la capacidad de operar sobre la conciencia ciudadana es muy grande. Podemos leer en la nota de Le Monde diplomatique: «Globo es un actor político que además de narrar y moldear los conflictos en la esfera pública también participa de su resolución al actuar, en la esfera privada, como un factor de presión. En 1988, cuando fue aprobada la Constitución brasileña, el bahiano Antonio Carlos Magalhaes, entonces ministro de Comunicaciones, y el carioca Roberto Marinho, urdieron una exitosa operación de lobby materializada en los artículos 220 a 224 de la Carta Magna en los que se consagra una concepción patrimonialista de un bien público como es el espectro radioeléctrico. Dicho articulado estipula que las concesiones de licencias de radio, 10 años, y televisión, 15 años, son renovables automática e indefinidamente».

Es evidente que con tal norma constitucional los gobiernos tienen las manos atadas para poner limitaciones al uso abusivo y agravante que desarrollan muchas veces con sus prédicas políticas. Un caso similar es Venezuela. Un gobierno elegido por el voto popular mayoritario poco o nada puede hacer para poner coto a la salvaje concentración de medios que atenta contra la tan proclamada libertad de prensa. Libertad de la que sólo puede hacer uso el monopolio concentrado, lo que la convierte en una libertad de empresa. Esta ventaja coloca en un plano de excepción y privilegio a esa empresa con respecto a los otros medios posibles y alternativos. Este poder del que hacen gala se manifestó en la Cámara de Senadores brasileña cuando hicieron pública su oposición a la decisión del presidente Hugo Chávez de no renovar la licencia caduca de la televisora RCTV de Venezuela, con una clara intromisión en un país soberano. Al mismo tiempo fue una advertencia a Lula respecto de la Red Globo para impedir actuar contra sus privilegios. La prórroga de diez años de las licencias en nuestro país aparece hoy como un claro error.

A esta altura me asalta el recuerdo de una leyenda que aparece en muchas películas: “Cualquier semejanza con la realidad (nuestra) es mera coincidencia”.

La oposición son los medios

Los mega-grupos empresarios que han invadido y capturado las empresas dedicadas a la comunicación escrita, radial o televisiva, o todas juntas a la vez, es un fenómeno que ha aparecido paralelamente a ese concepto difuso que es la *globalización*. Es paradójico el sentido que el juego de palabras puede producir

en Brasil, equivaldría a decir la *clarinificación* en la Argentina. Estos grupos no exhiben un programa electoral, como deben hacer los partidos políticos, aunque sería más correcto y realista decir como hacían tiempo atrás los partidos políticos, ni se presentan a elecciones. Es evidente que la personalización ha avanzado dentro de las estructuras partidarias copiando el estilo norteamericano de campaña electoral. El perfil personal, debidamente preparado, sustituye el programa político. El discurso pronunciado en primera persona del singular es parte del marketing actual.

El arrasamiento que produjo la supuesta muerte de las ideologías, que en realidad postulaba una ideología única, denominada por Ignacio Ramonet como *pensamiento único*, que es fácilmente identificable como el que corresponde a la derecha liberal-conservadora, pretendió liquidar el tema. Al comparar el Estado con una empresa privada todo se reducía a una buena administración, palabra con la que se hace referencia en los EE. UU. a los diferentes gobiernos. Habiendo quedado reducido el problema de la política nacional a un tema de administración de empresas, de lo que se trata es de gestionar, administrar.

Si nos dirigimos al diccionario nos encontramos que la palabra viene de ministro, el que se ofrece para servir a otro. Esto supondría que es el otro el que define lo que debe hacerse. Trasladado a la política ese otro debería ser el pueblo. Pero como se trata de las ciencias de la administración ese otro es el directorio de las empresas o la asamblea de socios. Tenemos entonces que el administrador funciona como el que hace lo que otro dice qué debe hacer, y ese otro generalmente es algún grupo internacional financiero. ¿No es eso lo que se ha dado en muchos gobiernos que hemos tenido? Esto se ha repetido en América Latina.

Entonces, los grandes medios que también aparecen entrelazados dentro de los grupos empresarios internacionales, financieros y comerciales, (Telefónica de Argentina entre nosotros), son los emisarios de los intereses y políticas de grupos internacionales en detrimento del interés nacional. Desde Brasil nos dice Darío Pignotti: «Con todo, en las elecciones presidenciales de octubre de 2006 la “vieja dama” de la televisión verdeamarela dejó de lado cualquier simulacro de neutralidad y se aplicó a una denodada batalla para impedir la reelección del candidato del Partido de los trabajadores (PT), Lula da Silva, valiéndose, entre otros recursos, de la incontestable penetración de sus noticieros, la principal fuente de información para el grueso de los 188 millones de ciudadanos, que raramente lee diarios, los tres principales: Folha de San Pablo, O Globo y Estado de San Pablo, alcanzan una tirada conjunta en días de semana, que ronda el millón de ejemplares».

Respecto del noticiero que se emite en horario central dice: «Quince días de Jornal Nacional en contra son suficientes para hacer que el gobierno sea inviable nacional e internacionalmente». En Brasil «los estrategias de la emisora carioca redoblaron la apuesta cuando se sintieron desairados por Lula cuando faltó a un debate en el estudio del canal y optó por un acto público». Acá también como en las películas: “Cualquier parecido con la realidad nuestra es mera coincidencia”.

La experiencia de otras partes

El análisis del sociólogo Lucas Rubinich nos coloca frente a un horizonte que debemos seguir pensando: la relación entre la política, los partidos políticos y los medios de comunicación. Como ejemplo de que éste no es un problema de la Argentina solamente vamos a leer qué se dice del Brasil. Recordemos que Rubinich sostuvo que los medios se comportan como el partido de la oposición frente a gobiernos populares, cuando la fragmentación y la debilidad de los partidos políticos no llenan ese espacio.

En una nota publicada por Le Monde diplomatique, Darío Pignotti la titula *El grupo multimedia Globo - El partido más poderoso de Brasil*. El título ya es toda una tesis sobre el tema. Para tener una idea del tamaño de este grupo dice: «La competencia y penetración de Globo, con una red de 108 repetidoras de televisión diseminadas en un país-continente de 8,5 millones de kilómetros cuadrados, con 20.000 empleados y unos ingresos anuales de más de 2.000 millones de dólares, contrasta con la precariedad de un sistema partidario caracterizado por su escasa representatividad y desgastado por su endémica corrupción». “Mi alazán te estoy nombrando”, dice la canción.

Consultado el profesor e investigador de la Universidad de Brasilia Venicio de Lima, dice: «Por su rol central en la vida política, no sólo en períodos electorales, el conglomerado Globo ya es, de facto, un verdadero partido, posiblemente el más poderoso de Brasil». Tal vez podríamos ir sacando algunas conclusiones dado el parecido con lo que está sucediendo en nuestro país. «Muchas veces Globo cumple con más competencia que los partidos políticos tradicionales funciones que eran propias de éstos, como construir la agenda, generar y transmitir informaciones políticas, fiscalizar las acciones del gobierno y criticar las políticas públicas». Perdóneseme la insistencia ¿es muy diferente lo que ocurre aquí?

Allá como acá la tendencia a la concentración que ha venido avanzando en las dos últimas décadas ha dado lugar a la utilización del formidable poder político que acumulan esos grupos mediáticos. Esta tendencia puede verse en la mayoría de los países latinoamericanos, por lo que a nosotros nos afecta. El profesor de Lima quiere subrayar una diferencia: «La influencia de Globo es más grave aquí que la que tienen los grandes medios en otros países de características semejantes al nuestro, porque nosotros no tenemos una tradición partidaria como la que existe, por ejemplo, en Colombia, Uruguay o Argentina». Agrego yo, con todo respeto, “teníamos”.

Estos grandes conglomerados que actúan como un partido político no tienen que someterse al escrutinio de las urnas, hacen uso y abuso de una discrecionalidad excepcional que no debe rendir cuentas a ningún tipo de control. Si éste existiera aparecería de inmediato la denuncia de limitar la *sagrada libertad de prensa*. La utilización de su prédica los convierte en un adversario muy peligroso, puesto que se presentan ante el público como un informador objetivo de los sucesos sociales, económicos y políticos. El sesgo que se le da a ese tipo de información encubre la toma de posición en los diversos temas que van apareciendo: por cómo lo presentan o porque lo ocultan. La selección informativa es ya un recorte de la realidad que responde a una mirada política siempre, aunque no se lo diga, quede cubierto por la imagen de la objetividad periodística.

Las palabras y los hechos

Los economistas hacen gala de una gran inventiva para cincelar nuevos conceptos que puedan dar cuenta, según ellos, de las nuevas realidades. Los manuales nos enseñaban, décadas atrás, que el crecimiento económico que daba lugar a una suba de la demanda podía provocar un alza de los precios. Cuando éstos se descontrolaban se decía entonces que había inflación. De manera tal que estos dos conceptos crecimiento económico e inflación formaban una especie de dupla por la cual ante la aparición de uno debía rastrearse la posibilidad del otro. Esto posibilitaba las explicaciones, generalmente *post factum*, de los fenómenos económicos.

Tiempo después se observa que era posible que se dieran procesos inflacionarios en momentos de recesión económica lo que alteraba la sabiduría de la academia. Fue entonces que se comenzó a hablar de la

estanflación (stagflation). Jobless Recovery la define «como una situación en la que coinciden elementos aparentemente antagónicos: una desaceleración económica, o recesión, y un aumento de los precios, o inflación». Este concepto permitió la explicación de nuevas situaciones de mercado no previstas dentro de la terminología en uso. Nada tiene de reprochable la creación de nuevos conceptos, es una metodología en uso en todas las ciencias. Siempre que estos conceptos, que se acuñan con un propósito específico, no adquieran patente universal y su uso se haga extensivo para dar explicación a una gama mucho mayor de hechos. Cuando estas cosas suceden, y no son excepcionales, se diluye la capacidad explicativa del concepto para convertirse en un lecho de Procusto, en el cual se corta lo que sobra y se agrega lo que falta a quien se acuesta en él.

Estas reflexiones encuentran cierta justificación ante la aparición de un nuevo concepto económico: la agrinflación, es decir la inflación producida por el incremento de los productos del agro. No está mal y si responde a fenómenos reales comprobables, circunscriptos a una cierta serie de variables medibles y analizables, tendremos un enriquecimiento del lenguaje científico. Pasos como estos van posibilitando una inteligencia cada vez mayor de los fenómenos de nuestro tiempo.

«En las últimas semanas hemos dado cuenta de los más importantes indicadores económicos en el momento de reflejar el pesimismo reinante a la hora de interpretar los datos del Producto Interno Bruto (PIB). Ahí están las encuestas sobre la confianza del consumidor, la actividad manufacturera o el desplome en las ventas de casas. Hoy se destaca el alza de la inflación; ahí tiene usted, por ejemplo, el 1% de incremento en el precio de las computadoras, uno de los productos que hasta la fecha han dado la impresión de ir costando menos cada día a medida que aumenta su poder de computación. Pero no sólo son las computadoras las víctimas de la inflación. También lo son la energía (20% en un año), los alimentos (5% en 12 meses), el tabaco, las materias primas, el cuidado de la salud y ¡cómo no!, el petróleo que ya esta semana rebasó la mítica barrera de cien dólares el barril». Esto lo transcribo de una revista de negocios refiriéndose a los EE. UU. «En todas partes se cuecen habas».

Y viene a cuento por la razón de que nuestros economistas tienen una gran dificultad para ver el bosque, porque piensan y escriben sentados detrás de un árbol. (Tarea para el hogar: ¿cómo se llama ese árbol?) Deberíamos seguir sus consejos y acuñar un término que nos permita hacer referencia a esto con toda claridad: ¿Estupidanflación? ¿Distorsionanflación? ¿Corrupcionanflación?

La libertad de mercado ¿nos iguala o nos diferencia?

Este mundo contradictorio tiene aristas verdaderamente perversas, la desocupación es una de ellas. Esto nos da a entender que para una parte importante de las nuevas generaciones no hay posibilidad de acceder a algún tipo de ingresos. Sin embargo, paralelamente se fue desarrollando una ciencia que apuntó a lo profundo de la psicología individual y de masas con el objeto de promover el deseo. Éste debía dejar de ser la manifestación de una necesidad para convertirse en el motor de la generación de necesidades. La ciencia del marketing fue el instrumento ideal para el manejo de la conciencia colectiva. La publicidad fue el medio idóneo para hacer llegar los mensajes, elaborados científicamente, a cada conciencia individual, sin despreciar la creación de fenómenos culturales en concordancia con los primeros.

El joven, y no sólo él, de los ochenta en adelante se encontró con un mundo pensado y diseñado desde el mercado, para uso del mercado, por lo cual nada quedaba fuera de él ni nada le era ajeno. Para ello el mecanismo era bastante simple: *debía convertirse cualquier objeto o servicio en una mercancía*. Es decir,

hacer de todo lo que transite por el espacio virtual del mercado algo comercializable. Por lo que todo ello se debía someter a las *leyes sagradas* de la oferta y la demanda. Dicho de otro modo hacer realidad la frase “todo tiene su precio”.

Esta no tan nueva condición de todo objeto social podía ser valuada en una moneda corriente. La condición de ser una parte de ese mercado se reducía a un requisito planteado desde dos ópticas diferentes pero que respondían a una misma regla. Tener algo para vender o tener dinero para comprar. Dije antes que esto presentaba aristas perversas, ¿cómo puede llamarse de otro modo a una sociedad que no permite ganar dinero a una parte de sus miembros y que los evalúa por su capacidad adquisitiva? La ciencia económica habla eufemísticamente de *demanda solvente* para referirse a los que pueden comprar, no habla de los otros.

Si esta capacidad define el valor de una persona en el mercado, y casi todo lo es, la verdadera condición social y política de una persona es ser un consumidor, es casi una segunda naturaleza a que lo somete la sociedad capitalista. El *derecho a consumir* queda colocado en un plano elevado sobre los derechos de gente. Se convierte en un *derecho interiorizado* del cual no se tiene una conciencia clara de cómo funciona. El consumir, despojado del proceso del trabajo y la producción, se presenta como un fenómeno instantáneo que no requiere de más meditaciones. Es un fenómeno social inmediato que debe realizarse, si le es posible, sin más trámites que la opción de qué producto comprar o que servicio solicitar. La palabra *producto*, entendida nada más que como lo que ofrece el mercado, invade todos los espacios y hace referencia a todo lo imaginable.

También el sagrado bien de la libertad queda reducido a la libertad de optar por alguna de las ofertas del mercado, es una libertad que se realiza *en el* mercado y que sólo es *de él*, puesto que el mercado es libre. Esa libertad logra que sea defendida desde el consumidor cuando éste argumenta que elige lo que desea y cree más conveniente para él. Esta libertad ha logrado la concreción mercadotécnica de dos de las banderas de la Revolución francesa: la *libertad* y la *igualdad*. Ya que como *todos elegimos libremente* quedamos *igualados* y *libres*, la libertad se reduce a *una opción*, la igualdad la otorga el *dinero disponible*. Pero no todos tenemos la misma capacidad de compra. Entonces, todos somos igualmente diferentes, diferentemente iguales y además optativamente libres. Hemos llegado a la sociedad ideal. Faltaría decir que esta sociedad es para unos pocos miles de los más de seis mil millones que somos y en crecimiento.

Delicias de ese paraíso

Las promesas de ingresar al primer mundo suponen que allá se está muy cerca del paraíso, o que ése es el paraíso terrenal. Pero ¿de qué paraíso hablamos? El del Occidente primermundista sólo existe en la afiebrada imaginación de los publicistas, nada ingenua por cierto y muy mercenaria esa imaginación. Es cierto, en alguna medida, que en la opulencia del Norte la mayoría no muere de desnutrición, pero lo hace de exceso de colesterol; no tienen sed, pero el exceso de alcohol sigue aumentando los accidentes automovilísticos mortales; también ha aumentado el cáncer de pulmón. No todos los habitantes de las naciones ricas pueden "disfrutar del placer de sentirse ricos", ya que la lista de excluidos del banquete va creciendo, a esto se lo ha denominado el "cuarto mundo". Se aplican, cada vez más los ajustes empresariales para mejorar los balances aumentando así la renta de los accionistas. Veamos estadísticas:

«En la mayor potencia industrial, Estados Unidos, se estimaba en 1999, que un 13% de la población no llegaría a los 80 años; que el 20,7% era funcionalmente analfabeta, y que el porcentaje de

estadounidenses que se encontraban por debajo del nivel de la pobreza era del 19,1%». En la otra punta de la escala «los privilegiados ciudadanos que disfrutaban de ingresos estables pueden estrellarse con sus automóviles, machacar su salud con dietas de plástico, y asfixiarse en nuestras ciudades gracias a la perfecta máquina consumista». Se trabaja para poder lucir una tarjeta de crédito que le abre las puertas de acceso al "gran consumo". Por supuesto, no importa que sus necesidades materiales básicas (alimentos, ropa, vivienda) se encuentren cubiertas, y que sus necesidades afectivas estén cada día más empobrecidas (respeto a la persona, amistad); lo verdaderamente importante es gastar, comprar, consumir sin descanso, como ya hemos visto. Como dice Eduardo Galeano, «las cosas importan cada vez más y las personas cada vez menos, los fines han secuestrado a los medios: las cosas te compran, el automóvil te maneja, la computadora te programa, la TV te ve».

Pero el consumo sin freno tiene sus costos, una gran parte de lo que se compra se paga con jirones de vida. La experiencia que comentan aquellos analistas de marketing nos muestra que esa pequeña porción de la humanidad, cuya vida gira alrededor del consumismo, se encuentra con una existencia vacía cuyo único sentido se alcanza consumiendo. Trabajar para consumir, consumir para trabajar. La presión psicológica que implica este tipo de vida supone una pérdida creciente de la salud mental de las personas, y así lo reflejan las estadísticas. «La nación del mundo donde el consumismo alcanza sus más sofisticados refinamientos, los EEUU., es también la que padece la mayor cantidad de depresiones y trastornos psíquicos. Ese país, que cuenta con sólo el 5% de la población mundial, consume la mitad de los sedantes, ansiolíticos y demás drogas químicas legales que se venden en el mundo».

Los norteamericanos hacen encuestas para todo. Un estudio sobre necesidades y deseos de consumo realizado sobre esa población resulta ilustrativo al respecto. El número de personas entrevistadas que consideraban que tener una buena vida era disponer de una casa de vacaciones se incrementó, entre 1975 y 1991, en un 84%; los que pensaban que tener una buena vida era poder poseer una piscina, aumentó en un 36%; mientras que aquellos que creían que una buena vida era trabajar en un oficio o profesión interesante no aumentó, sino disminuyó. Los que creían que un matrimonio feliz equivalía a una buena vida disminuyó en un 8%; la mayoría de la gente piensa y actúa cada vez más según los mandatos de la publicidad y del mercado, y muy lejos de los dictados de la razón y los sentimientos.

La Comisión de Consumo de Ecologistas en Acción sostiene: «El consumismo no afecta únicamente a la escala de valores o a la salud mental de la humanidad, también afecta, y con una intensidad creciente, a su salud física». Bonito paraíso el del primer mundo.

Las empresas tienen mucho poder

Hemos estado analizando las consecuencias de la concentración de la economía. Hemos visto cómo ella afecta el funcionamiento del mercado libre, hasta el punto de poner en duda si éste realmente existe. A pesar de todo ello la fuerte presencia de los medios masivos, con su mensaje repetitivo, oculta la verdad de lo que sucede en el mercado internacional. El diario Le Monde de París encargó una encuesta para medir la opinión del público europeo sobre las "bondades del mercado". «Según una encuesta mundial realizada por IPSOS - según nos informa este diario- a 22.000 líderes de opinión de 22 países y que fue publicada el 2 de enero, tres cuartos de éstos estiman que las grandes empresas influyen demasiado en sus respectivos gobiernos». Esto corrobora que por encima de lo que los medios intentan imponer hay todavía un público

atento, sobre todo en el nivel dirigenal, al que no se le escapan los problemas que ha generado la libertad de mercado.

Preguntados sobre las medidas a adoptar ante las dificultades manifiestas, nos dice: «Casi igualmente numerosos son los que desean que el Poder Ejecutivo regule más la actividad de estos grupos nacionales o mundiales. Más de la mitad (52%) esperan incluso que los gobiernos las controlen». Comenta el periodista que «se ha podido verificar que los franceses tienen una buena posición en este ranking del antiliberalismo». Para nuestra sorpresa, o tal vez no tanta, afirma que en esto están «empatados con los argentinos, que son también los más numerosos en considerar que los grandes grupos son demasiado influyentes». Marca la diferencia con dos países que han quedado colocados en el polo opuesto: los polacos y los japoneses son los que menos manifiestan su oposición al mercado libre y no ven mal su funcionamiento.

Es muy interesante leer los comentarios de Le Monde al respecto: «La encuesta permite anticipar los riesgos sociales que deberán enfrentar las empresas y los Estados en el futuro. Revela que la influencia de los antiliberales podría ser creciente. En Francia, este hecho se debe en parte a razones históricas. Los franceses conservan la nostalgia de los "treinta gloriosos", período de reconstrucción posterior a la Segunda Guerra mundial y durante el cual la economía centralizada y planificada obró maravillas». Si bien en Francia encuentra razones para esta oposición se sorprende: «Pero la mayoría de los otros países no tienen ese pasado. Sin embargo, según la encuesta, también ellos temen los efectos de un mercado que podría llegar a ser incontrolable. En esa situación se encuentran aún los países más vinculados al liberalismo».

Podemos ver cómo un francés se permite una libertad en los comentarios que no encontraríamos en un diario estadounidense. Dado que arriesga pensar: «La crisis financiera actual podría confirmar sus miedos. En todo el mundo, los bancos no tomaron precauciones suficientes contra riesgos posibles. El mercado no pudo desempeñar su función de alertar al respecto». Podríamos pensar que el mercado "ha alertado" respecto de una crisis que está adquiriendo dimensiones de catástrofe, pero los medios no reflejan la realidad de la situación financiera internacional.

Para tranquilizar, un poco, la conciencia de sus lectores agrega: «Por el momento, los bancos centrales salieron al rescate. Es demasiado pronto para decir si su acción bastará para evitar lo peor. Pero gobiernos más poderosos habrían sido más efectivos».

Parte IV: Para pensar un futuro mejor

Antes el futuro significaba progreso

Coloco como título una afirmación de Nicolás Casullo que nos permite comenzar a pensar sobre los cambios que la década de los noventa aceleró y que nos fue presentada como una adecuación a las necesidades del mundo global. Era el paso necesario para no desengancharnos del "tren de la historia". Una maquinaria propagandística puesta al servicio de este proyecto arrastró a muchos tras la idea de que nos estábamos incorporando al "primer mundo", el mundo de los ricos. Por ello nuestros deseos de ser como ellos, de vivir como ellos, de consumir como ellos, nos colocaba en el camino del progreso indefinido. Ayudaba a esa esperanza la idea de progreso que el siglo XIX nos había legado. El progreso se medía en

magnitudes de bienes materiales de los cuales podíamos disponer cada uno según sus disponibilidades de dinero.

Las diferencias en el acceso a esos bienes correspondían a las diferencias de las capacidades y de los esfuerzos que cada uno tuviera y pusiera en juego para su “realización personal”. De ello se desprendía que ese acceso posible estaba enmarcado en puertas individuales que darían entrada a esa realización personal. Pasó inadvertido para muchos, en los primeros momentos, que ese juego habría distintas posibilidades para los diversos sectores sociales: los mejores preparados y equipados podían aspirar a alcanzar sus premios correspondientes, pero quedaba un importante resto que pasaría a formar parte de los perdedores del juego.

El desarrollo de este proceso mostró que una masa de desocupados comenzaba a aparecer en la escena y que éstos no estaban dispuestos a captar callada y resignadamente su papel de derrotados. Comenzaron a ser vistos como los que pretendían arruinar la fiesta de los ganadores, los que amenazaban a los que tenían desde su desposesión que había comenzado con la pérdida de sus trabajos.

Casullo dice: «El hecho de que la sociedad cree tantos desclasados genera un espacio urbano peligroso que, simbólicamente, parece controlado por personas malignas de las cuales hay que protegerse. Y algo interesante para la Argentina: parte de esa protección está a cargo de policías privadas que no queda claro quiénes las controlan. Aquí aparece el rol del Estado en esta nueva sociedad: los servicios, por más que sean básicos como la seguridad, hay que pagarlos en forma particular. En un contexto tan amenazador de las condiciones de vida, lo primero que entra en crisis son las actitudes solidarias. Reaparece, en cambio, una inmediata actitud de búsqueda de seguridad. Acá no es cuestión de culpar a una persona individual sino a una cultura que no ofrece ni material ni ideológicamente una forma de vida apacible. Hay que subrayar, sin embargo, que este tipo de convivencia no sólo le quita espiritualidad a cada hombre sino que también complica la comunicación con el otro: se entierra la comprensión, resurge la desconfianza».

La idea de que el progreso solucionaría todo y de que la prosperidad daría lugar a un mundo feliz se vio comprometida por la comprobación de que esas promesas no eran para todos, sólo incluía a los ganadores y dejaba a un costado del camino al resto. Sin embargo, cuesta comprender hoy como no se pudo percibir que toda competencia supone siempre ese resultado, que no existe la competencia en la que todos ganen. El progreso de algunos se fue tiñendo de miedo a perder lo conquistado, el futuro dejaba de significar progreso.

La Patria quiere ser Nación

Necesitamos sacudir nuestro espíritu nacional en esta semana maya. No hace tanto tiempo corría una advertencia ante el peligro en que se encontraba nuestra Nación. Esto iba acompañado de denuncias sobre la gama de problemas que nos embargaban, problemas que de algún modo todos conocemos, pero que sorprende a la mirada del extranjero la impasividad con que los padecemos y sobrellevamos. Pareciera que el sólo verlos no alcanza para que sintamos la imperiosa necesidad de hacer oír nuestra palabra, la de todos, y comprometernos en las propuestas y acciones necesarias que deben seguir a las denuncias.

Pareciera, también, que el dolor de tanta sangre vertida inútilmente en nuestra historia, pasada y presente, no basta. Digo sangre y no debe leerse en clave blumbergiana. Todos los días, todavía, se producen muertes evitables, se siguen desnutriendo niños, siguen abandonando el colegio, etc. Debemos abrir los ojos a tiempo: una sorda guerra se está librando en nuestras calles, la peor de todas, la de los

enemigos que conviven entre nosotros y no se ven. Los que lucran con la decadencia, aunque se llenen la boca con grandes palabras.

Nos encontramos ante una oportunidad histórica, como no se había dado en los últimos treinta años. Estamos ante la posibilidad de refundar nuestro vínculo social, de reconstruir los lazos fraternales. Es posible que todo esto pueda sonar a delirio romántico, pero creo que si no modificamos el modo de pensar, si no nos alejamos de la necesidad de soluciones inmediateistas, si no levantamos la mirada hacia un horizonte más lejano, poco es lo que podemos esperar de nuestra Argentina. Digo nuestra porque no es de los dirigentes políticos, empresariales, sindicales, eclesiásticos, etc. Es nuestra. Como reza una frase de moda hoy: "Argentina somos todos". No importa con que intención la pongan, hagámosla nuestra, de todos.

La gran dificultad que debemos enfrentar es la renuncia a querer tener toda la razón; a mantener los privilegios; a la vida y la renta fácil... con el grave riesgo de seguir tinellizándonos. Se percibe en nuestra patria una sensación de hartazgo, por una parte, y de esperanza, por otra. Hoy la consigna ya no puede ser "el pueblo quiere saber de que se trata", hoy debemos reclamar la participación en la cosa pública y definir lo que se debe tratar. La conmemoración de aquel 25 de Mayo, es una oportunidad más de memorar con los otros, partiendo de las cosas pendientes que todavía no solucionamos y agregando las que el tiempo fue acumulando. El presidente nos recuerda que "todavía estamos en el infierno". Lo que debemos decirnos, los unos a los otros, que del "infierno" no nos sacan "los demás". Tal vez ellos puedan salir, y no hay duda de que muchos salían mientras nos metían a todos dentro. De allí se sale tomados de la mano con el propósito de construir una nación que contenga a todo su pueblo.

La esperanza sigue estando al alcance de nuestras manos, porque sobran energías y voluntades dispuestas a un sacrificio más, pero al servicio de recuperar la felicidad perdida y los derechos abandonados en el camino, bajo los argumentos falaces de que "atraería los inversores", que generarían trabajo. Y la confianza se fortalece al recordar que la historia nos enseña que muchos pueblos que tocaron fondo, al que nosotros no llegamos, se levantaron de sus ruinas y abandonaron sus mezquindades. Esto no se logra en plazos inmediatos, pero podemos ponernos en camino. Hay que dar lugar al tiempo y a la constancia organizativa y creadora, y dedicarnos a la acción firme y perseverante. No todo está perdido, pero no nos sobra el tiempo. No queda lugar para demoras ni dilaciones. La patria nos convoca a convertirnos en una Nación. Pongamos como meta el bicentenario para celebrar todos juntos un paso hacia delante, para todos/as y entre todos/as.

¿De qué consenso hablamos?

Después de largos y duros meses de enfrentamientos en torno de la famosa "125" apareció repetida en los medios la palabra consenso. Se fue convirtiendo en la llave que abriría caminos de entendimiento y pacificación. Esta imperiosa necesidad de consensuar pareciera contener la clave para la superación de todo conflicto. Sin embargo, aun a riesgo de someterme al apedreo público voy a disentir con la propuesta, tal como aparece a primera vista. Puesto que esa idea no aclara temas demasiado importantes para aceptarla sin más, fundamentalmente cuando lo que está en juego es la idea de democracia.

¿Con quién o quiénes se debe consensuar? Puesto que al abrir el ámbito del debate pareciera que se ha logrado democratizar el tratamiento de los temas en litigio. La participación masiva de personas dentro del recinto parlamentario demostró la intolerancia de un importante sector de los participantes (extra

representantes electos) a los que la presidencia de la Cámara debió llamar más de una vez al respeto por el uso de la palabra, cuando abucheaban a los que no compartían las ideas de ese sector vocinglero. Si la democracia es representativa ¿qué se entiende como tal? ¿Los representantes de las entidades sectoriales deben tener voz y voto dentro del recinto parlamentario? ¿No se corre el riesgo de convertir la representación en un procedimiento corporativo? Se debe recordar acá la insistencia en hablar del derecho que tiene el campo de estar representado como sector. Aparece acá una contradicción grave en aquellos que alzan sus voces en nombre del liberalismo político. Los sucesos recientes mostraron los riesgos de una deliberación pública que intentó imponer intereses minoritarios, sectoriales, arrogándose un derecho que no está en la Constitución, tan agitada por los mismos liberales.

Y, hablando de liberales, ¿no se han comportado en realidad como neo-liberales? ¿no pareció asomar entre tantos gritos el aparentemente fallecido “pensamiento único” que reconoce como razón imperante únicamente la que establece el sagrado mercado? El aprovechamiento de los precios internacionales pareció ser la premisa mayor de todo el razonamiento, excluyendo cualquier otra consideración como, por ejemplo, un mejor reparto de las riquezas. Si el consenso debe respetar la pluralidad de intereses, en esos encuentros no estaban representados los excluidos de ese reparto, aquellos que siempre padecieron la concentración de la apropiación.

Partiendo de una apreciación más abarcadora de los intereses en juego., conviene repensar además qué tipo de “consenso” deben lograrse para no esconder maniobras mezquinas tras discursos “progresistas”. Conviene no perder de vista que pocos meses antes las mayorías se pronunciaron por un reparto equitativo de la riqueza y por la inclusión de una mayoría social que resultó ser la “siempre olvidada”. Dijo un analista: «La cuestión del consenso político se ha vuelto un tema central del debate político, o por lo menos un lugar común predominante en la retórica de la oposición mediático-política. A tal punto que el vicepresidente Cobos ha logrado elevar bruscamente su notoriedad política, sobre la base de presentarse como “el hombre de los consensos”».

Visto los resultados del rechazo de la “125” deberíamos preguntarles a todos los que festejaron ¿quiénes han sido los beneficiarios de ese supuesto consenso? Allí funcionó simplemente el predominio del número de los votantes por un escasísimo margen. Esto no debe entenderse como un rechazo a los consensos sin más, sólo pretendo llamar la atención sobre el contenido de lo que se denominó “consenso logrado”, en un clima de muy poco debate y mucha presión de los intereses de los actores que empujaron y lograron esa votación. ¿Cómo hablar de consenso en un estado social de beligerancia, de amenazas, de excesos de violencia, de chantaje social con el desabastecimiento, etc.? Nada de ello parece mostrar las exigencias de *democratizar* más la democracia, como los medios concentrados quisieron pintar el resultado.

Si los grandes partidos populares «han nacido con la explícita pretensión de representar al todo nacional y bajo la afirmación de que quienes los enfrentaban eran la expresión del “régimen” o de la “antipatria”, a los que, como tales, no les correspondía lugar alguno en el sistema político. La demanda del mutuo reconocimiento de legitimidades y de aceptación del juego de la competencia y la alternancia política tiene un innegable sentido para nuestra práctica política». Insisto, si la democracia es representativa de la ciudadanía, ¿por qué se habla de un parlamento que requiere las presencias corporativas? ¿No se está infiltrando un fascismo bajo el manto del consenso necesario? Si la ciudadanía se expresó pocos meses antes ¿qué razón tienen las minorías que no acreditaron peso electoral en levantar las voces airadas en queja?

Entonces: «¿Cuáles son las cuestiones sobre las que una democracia exige consenso? Son ante todo las que tienen que ver con el respeto del pluralismo, la observancia de los derechos individuales y colectivos,

tal como están formulados en la Constitución. Pueden sumarse acuerdos sustantivos, conseguidos a través del diálogo político, a través de los que se diseñen en determinadas “políticas de Estado”, es decir líneas de acción que adquieran permanencia más allá de los cambios circunstanciales de signo político en el gobierno». No pueden ser aceptadas, en ningún caso, estas exigencias “consensualistas” cuando no queda claro que es lo que realmente están buscando. Los que exigieron esos consensos ¿están dispuestos a consensuar las políticas que quieren imponer? Este tema es muy importante para discernir qué es democracia. Además el consenso debe lograrse entre los actores reales de los diferentes sectores de la sociedad, entre todos, y lo que se debe debatir son las grandes líneas políticas, no los intereses sectoriales circunstanciales.

La democracia y la participación

Los últimos doscientos años de historia de las ideas políticas nos han acostumbrado a pensar al ciudadano como un sujeto de derechos, y se ha olvidado que es también, necesariamente un sujeto con obligaciones. Debemos señalar que la historia del sujeto de derechos nace en el liberalismo como una reacción contra la monarquía absoluta, por sus arbitrariedades. Esta defensa del ciudadano frente al avance del estado dio lugar a grandes debates que fueron sentando doctrina, cuyo resultado fue el enunciado de los derechos constitucionales. Cumplida esa primera etapa, en la cual el estado se fue reduciendo en sus funciones cediéndole el terreno al mercado, hubo necesidad de salir al cruce de la desprotección en que quedaba el ciudadano librado a la suerte de las leyes de ese mercado. Las prescripciones constitucionales y la ley de la oferta y la demanda se mueven en distintos planos.

La crisis de la década del treinta, mostró más crudamente que el problema a enfrentar no era ya la de un Estado avasallante, sino las fluctuaciones económicas. En ese entonces la ceguera del mercado había precipitado la economía por un tobogán. La solución se encontró por la vía de un estado protector que garantizara ciertas reglas y servicios básicos. A partir de allí una corriente de ideas, que fue ganando mucho apoyo, se centró en la necesidad de la existencia de ese estado como condición de la democracia moderna. Aquel ciudadano desprotegido que creyó encontrar en la defensa de sus derechos la garantía de una vida estable, experimentó después que no bastaban los derechos cuando el mercado los borraba en la práctica. Siente ahora, entonces, que el estado será la barrera contra los abusos.

Esto creó la conciencia de esperar que el Estado lo resuelva todo. Al mismo tiempo produjo un desentenderse de los mecanismos en que se debatían la relación entre estado y mercado. También posibilitó la aparición del político como profesional especializado depositario de esas funciones. La tarea política, base de la existencia de la ciudadanía como tal, se fue alejando del ámbito del ciudadano para quedar encerrada en los partidos políticos y en la participación de éstos en las funciones de gobierno. La democracia representativa fue deviniendo sólo democracia electiva. El ciudadano como sujeto político se recluyó en su función de elector, renunció a ser el custodio de la política para garantía del respeto ciudadano.

El último paso de esta historia se da en los ochenta, cuando una corriente de ideas, el neoliberalismo (que tenía de "neo" el abandonar las viejas banderas liberales en pos de un servilismo económico) comienza un ataque contra el Estado protector. Se desmorona la barrera de contención de los derechos del ciudadano y el mercado se convierte en el tribunal superior, sin posibilidad de apelaciones. Se vuelve dos siglos para atrás, con el agravante de que la política ha caído en el descrédito ante el ciudadano, en parte

por el olvido de los políticos de su función representativa. Aparece, entonces, la necesidad de cubrir ese enorme espacio vacío con formas de organización de los ciudadanos, que habiendo experimentado los fracasos anteriores, decidan tomar, paulatinamente, en sus propias manos el poder de decisión sobre los destinos comunes.

El parlamento europeo define: «El voluntariado social acaba entendiéndose como un servicio gratuito y desinteresado que nace de la triple conquista de la ciudadanía: como un ejercicio de la autonomía individual, de la participación social y de la solidaridad para con los últimos». Esta red social distribuye el poder en la sociedad de un modo que reafirma el pluralismo político y salvaguarda las libertades de los ciudadanos. Las asociaciones de voluntarios actúan como intermediarias entre el Estado y la ciudadanía, ofreciendo un canal para la participación ciudadana. Ambos papeles (distribución del poder, promoción de la participación) hacen de dichas asociaciones uno de los mejores ejemplos del «principio de subsidiariedad».

La necesidad de una ciudadanía más amplia e inclusiva no es simplemente algo práctico. Implica un debate ideológico y político, al tiempo que un compromiso personal y una asunción de riesgos. En la búsqueda de una justicia comunitaria, se ha de implicar no sólo el/la voluntario/a, sino también su organización. La red de asociaciones de voluntarios tiene el irrenunciable deber de reflejar estas experiencias concretas, transmitir las a la sociedad y pedir las medidas sociales y jurídicas que respondan a las necesidades de los más desfavorecidos. La acción voluntaria, si quiere ser ética, no sólo ha de caminar con las víctimas, sino que ha de tener a su favor la convicción de la necesidad de cambio. En nuestra sociedad, el compromiso con la justicia social es la piedra de toque de la credibilidad, tanto de las personas voluntarias como de sus instituciones.

Las diferentes formas posibles de democracia

Había quedado dicho, páginas más arriba, que no hay una sola concepción de democracia, que ésta es un concepto a partir del cual debe pensarse en cómo organizar una nación que se proponga una sociedad más equitativa. Vimos también la importancia que debe dársele al control necesario sobre el funcionamiento del mercado, por la tendencia natural de este mecanismo económico a distribuir la riqueza de manera injusta. La historia vivida nos ha mostrado que, librado a su propia dinámica, da cada vez más a los que más tienen y menos a los más débiles. Voy a apoyarme en las ideas del profesor e investigador portugués Boaventura de Sousa Santos, doctor en Sociología del Derecho por la Universidad de Yale y profesor catedrático de la Facultad de Economía de la Universidad de Coímbra.

Hoy la teoría política ha avanzado sobre este tema y nos ofrece muchas ideas sobre formas alternativas de democracia. Sin embargo, nuestra mayor dificultad radica en que estamos presos de formas de pensamiento que corresponden a la democracia ya agotada y fracasada, o a lo que se ha denominado, la democracia disfrazada. Para salir de esta dificultad necesitamos intentar el camino de un pensamiento que se libere de los viejos lastres, que tante en lo alternativo, para poder reflexionar sobre las diferentes democracias posibles. Esta necesidad se desprende del hecho de que debemos enfrentar una afirmación que se ha instalado en la opinión pública y ha adquirido estatus de verdad inamovible: la globalización neoliberal afirma que esta democracia no tiene ninguna alternativa posible, y esto está defendido por sus mejores predicadores, muchos de ellos pertenecientes a las mejores universidades de los países centrales. Y

esta afirmación pretende decir que los que hablan de una democracia alternativa, en realidad, están proponiendo una alternativa a la democracia.

Me parece que queda clara la maniobra de desacreditación que se desarrolla sobre aquellos que, preocupados por la justicia social, intentan pensar modos más igualitarios, institucionales, de ordenar los temas sociales, políticos y económicos. Tender un manto de sospecha sobre ellos, sobre nosotros, apunta a hacer pensar que toda pretensión de modificar el sistema vigente encubre un atentado contra la democracia. Lo más significativo es ver cómo muchos honestos ciudadanos caen en esa trampa. Contestémosles con el pensamiento de uno de los padres de la democracia, Juan Jacobo Rousseau (1712-1778). Este pensador ginebrino sostiene que «sólo es democrática una sociedad en la que ninguna persona sea tan pobre que tenga que venderse a otra para sobrevivir, ni ninguna persona sea tan rica que pueda comprar a otra». Avalados por las palabras de un insospechable demócrata, podemos contestar que la democracia que defiende el neoliberalismo no es en realidad democracia. Es evidente que en ella, las dos terceras partes de la población del mundo, se vende o se vendería si encontrara comprador, para poder sobrevivir.

No podemos aceptar, sin más, que haya simplemente un solo concepto de democracia: la democracia liberal representativa. Y debemos defender la afirmación que sostiene que los hombres son únicos e irrepetibles, pero que también por ello los pueblos lo son. Entonces, aceptar un solo modelo de democracia es aceptar la homogeneidad que elimina la diversidad de culturas, que niega las diferencias entre los pueblos, que serán tales en tanto perseveren en esa diversidad. Siendo así, veamos de donde parten los problemas de este pretendido sistema único de democracia. El primer problema es que la democracia representativa liberal surge con el capitalismo y se basa en la necesidad de la existencia de dos mercados superpuestos: un mercado económico, donde se cambian las mercancías por dinero, y un mercado político de las ideas e ideologías, donde se cambian valores que no tienen un precio económico. Debemos recordar acá las palabras de Lester Thurow ya citadas.

La democracia es, de alguna manera, el mecanismo de funcionamiento mediante el cual se resuelve la tensión entre el mercado económico y el político. En ambos mercados se verifica una asimetría evidente producida por la inequitativa distribución de la riqueza y del poder. En el mercado económico los empresarios se proponen y logran controlar a los trabajadores como ciudadanos y como consumidores; en el mercado político, el control de la vida ciudadana se realiza mediante el mercado de las ideas, controlado por los medios de comunicación masivos, pertenecientes a los mismos grupos económicos. Pero es necesario comprender que de estos dos mercados, en la medida en que se internacionalizaron las empresas y las finanzas, el económico ha adquirido una importancia decisiva sobre el mercado político. Porque se puede observar con toda claridad que los ciudadanos, en la democracia representativa, no toman decisiones políticas, sino que eligen a los que toman las decisiones. El voto tiene una característica ambigua y contradictoria, dado que es un acto de participación política por el cual se renuncia a la participación política.

La democracia como procedimiento integrador

Entonces, ya estamos en condiciones de afirmar que, la democracia representativa tiene estas características: es un procedimiento formal, que establece reglas de funcionamiento, pero que no garantiza la igualdad de la participación por el ocultamiento de información que practica sistemáticamente. Por ello no garantiza las condiciones de libertad para ejercer el juego democrático. Además, al no garantizar la vida

mediante el mercado económico, somete al ciudadano a la pérdida de su libertad por la necesidad de venderla para poder comer. Por otra parte, el mercado económico ha contaminado al mercado político. El mercado político hoy va adquiriendo los modos del funcionamiento de las empresas. Ante la proclamada desaparición de las ideologías, estrategia que esconde el imperio del pensamiento único, los votos y las posiciones políticas de los partidos tienen precio dado el alto costo de las campañas electorales. Los candidatos se mueven utilizando las reglas del marketing (asesores de imagen y construcción de discursos) y colocan su candidatura como un producto a vender. Este mecanismo exige, como señalé, importantes inversiones publicitarias que son provistas por grandes empresas.

Todo ello dio lugar a la mediatización de la política, por la incidencia decisiva de los medios en las campañas (un punto de rating equivale a cien mil de personas, mucho más de lo que cualquier encuentro político garantiza). Esto, de hecho, ha otorgado un poder desequilibrante a los grandes actores económicos y sociales, que de alguna manera ejercen funciones políticas desde la esfera privada. Entonces, es evidente que en esta democracia representativa hay dos niveles de gobierno, o del ejercicio del poder, uno formal en manos del funcionariado que ocupa los cargos de los distintos niveles de los tres poderes, y otro que podríamos denominar gobierno indirecto (gobierno de las sombras), en el que grupos económicos ejercen el poder político a través del anterior. El Estado, que debería controlar y regular la actividad de los grupos económicos, es en gran medida el ejecutor de las decisiones de los intereses económicos concentrados, y esto se repite en todas las grandes democracias de occidente.

Debemos mirar de frente todas las consecuencias que este modo de la democracia produce en la vida política, tal cual se practica en el mundo globalizado. Y ello es necesario para poder caminar hacia una superación de la paradoja en la que vivimos: esta forma de la democracia pone trabas serias para el libre ejercicio democrático. Creo detectar allí una causa importante que da lugar al escepticismo de hoy, dado que lo dicho no escapa a una parte importante de los ciudadanos. En la medida en que estas trabas se interponen, una in-transparencia posibilita que muchas de las importantes decisiones, que afectan a los ciudadanos, no pasen por el parlamento, ni pasen por los partidos políticos, sino que se toman en otras instancias, como los directorios de las empresas, las consultoras o los grandes estudios económicos y jurídicos. De este modo, las decisiones de estos actores indirectos producen consecuencias en los organismos del Estado; por otra parte, controlan las decisiones de los partidos políticos, en la medida de sus posibilidades, por el inmenso poder financiero de corrupción que tienen.

No debe sorprendernos la afirmación de que el sistema está sumido en una crisis tremenda, sólo superable con el desarrollo y la implementación de otra forma de la democracia. Todo lo dicho no creo que esté descubriendo nada que no sea bastante conocido. La gente, con mayor o menor claridad, sabe o intuye de que la democracia actual padece esos males. Las consecuencias están a la vista: hay una reticencia a la participación política que va desde la apatía que despiertan los procesos electorales hasta la negativa a votar. El vaciamiento de los partidos políticos, la ausencia de juventud entre sus filas, son síntomas claros de la profundidad de la crisis. No debemos dejar de considerar que esta crisis es funcional a los intereses económicos concentrados. Cuanta menos participación ciudadana se dé, más libre tienen las manos para sus manejos espurios. Cuanto más se aleje el ciudadano de las instituciones políticas más dependen los candidatos de las campañas publicitarias y más obligados quedan con los que las financian. Esto ha dado lugar a un doble resultado: los representantes no representan y la distancia entre unos y otros se profundiza y la participación en las votaciones disminuye, con lo que queda cerrado este círculo perverso de la democracia representativa. La abstención electoral es un síntoma creciente en todo el mundo globalizado. Si bien se dan circunstancias en que esto no sucede, la regla general, la tendencia es esa.

Las consecuencias de lo expuesto se manifiestan en dos dimensiones: los partidos políticos, que tenían una función integrativa y educativa de la población, se han vaciado de ciudadanos. Por ello se transformaron hoy en sistemas de reclutamiento de élites profesionales para distribuir recursos, violando sistemáticamente sus promesas electorales, tras las excusas de las imposibilidades que impone la globalización. Los arribistas y los representantes de los grupos económicos han ocupado ese vacío. Una mirada sobre de dónde provienen los candidatos partidarios permite corroborar lo dicho. Como la democracia representativa no ha estructurado un sistema de rendición de cuentas periódico, el representante, una vez elegido, puede incumplir sin correr el menor riesgo de sanciones políticas, salvo las penales en casos de delito. Debemos tomar conciencia de que esta democracia, con estos problemas, es exactamente la democracia que la globalización neoliberal está exportando para todo el mundo. Es una caricatura de la vieja democracia liberal que existía en Europa y en el mismo Estados Unidos, y esta caricatura es la que se pretende imponer, por la presión política o la fuerza armada, como los casos internacionales nos lo muestran. Se ha convertido en el mascarón de proa para la intromisión imperial en todo el mundo.

Esta democracia es nuestro problema. Pero, hemos partido de la afirmación que pueden haber otras formas de democracia que sean más democráticas, que garanticen mejor la libertad y su ejercicio. Intentemos pensar este nuevo camino. Camino que no es corto ni es sencillo, pero es posible, y sobre esta posibilidad debemos asentar nuestra esperanza. Partamos del análisis de dos palabras con las que se ha jugado y hablado mucho pero poco ha quedado: representación y participación, porque ellas darán paso al análisis de dos posibilidades de democracia la representativa y la participativa, que pueden sintetizarse en una auténtica democracia representativa y participativa. Ello requiere la creación de las condiciones que hagan posible la plasmación de este sistema. Lo primero que debe quedar claro es que la democracia como tal no es más que un proceso y una serie de procedimientos, que necesitan del desarrollo educativo de formas culturales que se hagan carne en las prácticas cotidianas de todos los hombres y las mujeres.

Una democracia participativa no se restringe a la práctica política institucional, desborda con creces para inundar los actos en todas las esferas de la vida pública y privada. La democracia es una tarea muy sencilla, pero que exige una profunda educación de la conciencia comunitaria: es todo el proceso de transformación de las relaciones de poder en relaciones de autoridad compartida. Es distinguir con toda claridad la diferencia entre autoridad y autoritarismo, la primera se gana, el segundo se impone. Y esto no sólo en el espacio público; también en la familia, en la calle, en la escuela, en la fábrica, en la oficina, en las iglesias. Esto posibilita una democracia integral, una democracia de alta intensidad que no deje fuera de sus prácticas ninguna esfera de la vida de una comunidad nacional.

Pensando hacia adelante

Estamos, otra vez, muy cerca de la definición electoral y, aunque todo pareciera decir que la “elección” ya está hecha, no debemos quedarnos con la mente en una fecha y pensar qué deberíamos exigirle al próximo gobierno, sea el que fuere, para rendir las materias en las que estamos lejos por debajo de cuatro, es decir no aprobamos. Y el uso de la primera persona del plural intenta introducirnos en un pensamiento de tipo comunitario, que nos incluya a todos y nos permita asumir la cuota de culpas, irresponsabilidades, desidias, desentendimientos, en la que hemos caído como comunidad nacional. Continuar depositando en los dirigentes las falencias que asolan a nuestra Argentina es, por lo menos, caer en un autismo político que es una parte importante de las causas que nos han depositado en este presente.

Nuestra realidad de hoy, aunque es conocida por todos, requiere de un recordatorio de temas fundamentales. Creo que en primer lugar debe colocarse la miseria reinante para una parte nada despreciable de nuestra población, y aquí despreciable tiene varias acepciones. Si bien se puede decir que no es despreciable en cantidad, lo es también por el desentendimiento que de ella hacemos. Hay datos que lo demuestran: la colecta “más x menos” de Caritas cada año recibe menos aportes en un país que ha mejorado notablemente su promedio de ingresos. Si bien es cierto que el promedio siempre engaña respecto de su distribución, por lo menos aquellos que más han recibido no lo reflejan en lo que aportan. El consumo ostentoso, el aumento del turismo interno, la facturación de los grandes centros comerciales, son un indicativo de que un sector de la población, aunque no sea importante si lo es el nivel de sus gastos, dispone de un plus que lo dedica a sí mismo. No estoy hablando de privarse de todo, simplemente recordar que hay otro sector que no recibe nada. Pareciera que una vez más es cierta aquella afirmación que sostiene que “los que más tienen son los que menos dan”.

Esto está ligado directamente a cómo percibe la situación ese sector privilegiado cuando refleja su modo de entender el problema son su voto. Si dirigentes que exponen el tema de la seguridad sosteniendo que se resuelve con la policía recogen una cantidad importantes de votos queda claro que para aquellos el problema les es ajeno. No relacionan miseria con delito, aun sabiendo que la relación no es mecánica. Olvidan que la fiesta de los noventa fue para algunos mientras otros perdían sus puestos por fábricas cerradas. Cuando hoy comienza a verse que estamos frente a la tercera generación de niños que no vieron trabajar a sus padres ni a sus abuelos y que el trabajo perdió el carácter de dignificador de la persona, acusar a aquellos que caen en la delincuencia es, en el mejor de los casos, una liviandad.

Entonces, creo que la Argentina del 2008 en adelante debe ser pensada como un problema de todos, superando las parcialidades políticas pero acordando prioridades comunes, encontrando o construyendo espacios de debate político que nos permita hablar y escucharnos a todos a partir del compromiso de pensar para todos, incluyendo pensar en aquellos que perdieron la posibilidad y la voluntad de hacer oír sus reclamos. El futuro es el resultado del esfuerzo compartido o es el fracaso de todos como Nación. Debiendo recordar que este mundo globalizado ya no es el receptor de los emigrantes, sino, por el contrario es el expulsador de aquellos que intentan resolver su futuro en el extranjero atraídos por el espejismo de mundos mejores.

Palabras finales

La recopilación de viejas notas, agrupadas más por el tema que tratan que por el criterio cronológico, lo cual ha mostrado, a veces, una asincronía en su redacción que pretendió subordinar la coherencia conceptual, aunque no haya sido más que un poco, intentó ofrecer una gama de temas a pensar. La intención fue disparar ideas para que cada lector las recoja, las ordene, las revise, las reacomode, según sus propios criterios. Se debe haber notado que por momentos el tono es irónico. Esto ha sido un efecto buscado para no caer en la seriedad académica que le quita vida a temas que se nos presentan en nuestra cotidianeidad. Poder pensar estos temas a partir de ejemplos de nuestra historia reciente, con toda la gama de matices que la vida política les otorga, pueden aportar al debate un realismo que lo aleje de la alquimia de los laboratorios de la filosofía política.

Es decir, para usar un término muy ligado al pensamiento económico, bajar de las grandes elucubraciones “macro” para colocarnos sobre el llano de nuestra vida política diaria. Allí, en ese terreno,

se juegan todos los días los grandes problemas que nos afectan a todos. Poder pensar desde ese nivel es invertir el método académico de partir de los libros para ver a través de ellos la realidad que nos circunda. No es la teoría la que nos dice como es la realidad, es la realidad, y así ha sido siempre, la que fue configurando las grandes ideas de la filosofía política. Lo que se esconde detrás de los modos teóricos de pensar la realidad es que esas teorías fueron siendo elaboradas a partir de los problemas que se fueron presentando en las diferentes etapas de la historia, que las soluciones encontradas se convirtieron luego en teoría. Lo que nos está diciendo que la teoría no es un nivel de alta abstracción ajeno a las miserias de la historia real. Ha sido el interés de aquellos pueblos que se lanzaron a la conquista del mundo los que intentaron imponer sus soluciones, muchas veces con éxito, a problemas locales que tantas veces no se compadecían con soluciones ajenas.

Las ciencias políticas se comportan muchas veces como esas personas que nos recomiendan tomar un medicamento porque a ellas les hizo mucho bien sin reparar en las peculiaridades de las historias clínicas personales. No todo lo que hace bien a alguien necesariamente hace bien a otros. Pensar de ese modo podríamos denominarlo doctrina terapéutica Busch (el de la W) que dice querer democratizar a los pueblos de Oriente con la experiencia del pueblo de Norteamérica. Pero como los orientales son tan obtusos les explicó con napalm, aviones manejados a control remoto, misiles inteligentes, etc., como se debe implementar la democracia propuesta, sin detenerse a preguntar si la quieren o si les es útil. El método debe ser eficaz, aunque todavía no lo ha demostrado, puesto que su sucesor sigue aplicando la misma terapéutica.

Si estas páginas han logrado promover el pensamiento sobre los temas propuestos me doy por “bien pagao”.